

LIBRO DUODÉCIMO.

EJÉRCITO FRANCES QUE SE DESTINA Á PORTUGAL. MARISCAL MASSENA, GENERAL EN JEFE.— SITIO DE CIUDAD-RODRIGO.— HERRASTI, SU GOBERNADOR.— SITUACION DE WELLINGTON.— D. JULIAN SANCHEZ.— CAPITULA LA PLAZA.— GLORIOSA DEFENSA.— CLAMORES CONTRA LOS INGLESES POR NO HABER SOCORRIDO LA PLAZA.— EXCURSION DE LOS FRANCESES HÁCIA ASTORGA Y ALCAÑICES.— TOMAN LA PUEBLA DE SANABRIA.— LA PIERDEN.— LA OCUPAN DE NUEVO.— CAMPAÑA DE PORTUGAL.— ESTADO DE ESTE REINO Y DE SU GOBIERNO.— PLAN DE LORD WELLINGTON.— FUERZA QUE MANDABA.— SUBSIDIOS QUE DA INGLATERRA.— POSICION DE WELLINGTON. DEVASTACION DEL PAÍS.— LÍNEAS DE TORRES-VEDRAS.— DICHO DE WELLINGTON Á ÁLAVA.— PREPARATIVOS Y FUERZA DE LOS FRANCESES.— ESCARAMUZAS. FUERTE DE LA CONCEPCION.— COMBATE DEL COA.— SITIO DE ALMEIDA.— VUÉLASE.— CAPITULA.— PROSCRIPCIONES Y PRISIONES EN LISBOA.— TEMORES DE LOS INGLESES.— REPLIÉGASE WELLINGTON.— DIFICULTADES QUE TIENE MASSENA.— AGUÍJALE NAPOLEON.— EMPIEZA MASSENA LA INVASION.— POSICION DE WELLINGTON, Y MEDIDAS QUE TOMA.— DESCRIPCION DEL VALLE DE MONDEGO.— DISTRIBUCION DE LOS CUERPOS DE MASSENA.— MUÉVESE SOBRE CELÓRICO Y VISEO.— ENTRAN SUS AVANZADAS EN VISCEO.— CONTINÚA WELLINGTON SU RETIRADA.— ATACA TRANT LA ARTILLERÍA Y EQUIPAJES FRANCESES.— DETIÉNENSE WELLINGTON EN BUSACO.— ACCION DE BUSACO.— CRUZA MASSENA LA SIERRA DE CARAMULA.— LOS FRANCESES EN COIMBRA.— CONDEIXA.— DESORDENES EN EL EJÉRCITO INGLÉS.— SORPRENDE TRANT Á LOS FRANCESES DE COIMBRA.— ALCOENTRE.— ALENQUER.— LOS INGLESES EN LAS LÍNEAS.— MASSENA NO LAS ATACA.— FORMIDABLE FUERZA Y POSICION DE WELLINGTON.— ÚNESELE CON DOS DIVISIONES ROMANA.— MOLÉSTASE TAMBIEN AL ENEMIGO FUERA DE LAS LÍNEAS.— DON CÁRLOS DE ESPAÑA.— SITUACION CRÍTICA DE LOS FRANCESES.— GALICIA.— ASTURIAS.— EXPEDICIONES DE PORLIER POR LA COSTA.— EXTREMADURA.— REFRIEGA EN CANTAELGALLO.— EN FUENTE DE CANTOS.— EXPEDICION DE LACY Á RONDA.— AL CONDADO DE NIEBLA.— SITUACION DE ESTA COMARCA.— OPERACIONES EN CÁDIZ.— FUERZA SUTIL DE LOS ENEMIGOS.— FUERZAS DE LOS ALIADOS EN CÁDIZ Y LA ISLA.— BLAKE EN MURCIA.— SEBASTIANI SE DIRIGE Á MURCIA.— MEDIDAS QUE TOMA BLAKE.— SE RETIRA SEBASTIANI.— INSURRECCIONES EN EL REINO DE GRANADA.— EXPEDICION CONTRA FUENGIROLA Y MÁLAGA.— AVANZA BLAKE Á GRANADA.— ACCION DE BAZA, 3 DE NOVIEMBRE.— PROVINCIAS DE LEVANTE.—

VALENCIA.— CHOQUES EN MORELLA Y ALBOCASER.— AVANZA CARO Y SE RETIRA.— CARO HUYE DE VALENCIA.— LE SUCEDE BASSECOURT.— CATALUÑA.— SU CONGRESO.— O'DONNELL.— MACDONALD.— CONVOYES QUE LLEVA Á BARCELONA.— EJÉRCITO ESPAÑOL DE CATALUÑA.— INTENTA SUCHET SITIAR Á TORTOSA.— SUS DISPOSICIONES.— SALIDAS DE LA PLAZA Y COMBATES PARCIALES.— ADELANTA MACDONALD Á TARRAGONA.— SE RETIRA.— DIFICULTADES CON QUE TROPIEZA.— AVISTASE EN LÉRIDA CON SUCHET.— MACDONALD INCOMODADO SIEMPRE POR LOS ESPAÑOLES.— SORPRESA GLORIOSA DE LA BISBAL.— Y DE VARIOS PUNTOS DE LA COSTA.— GUERRA EN EL AMPURDAN.— EROLES MANDA ALLÍ.— CAMPOVERDE EN CARDONA.— OTRO CONVOY PARA BARCELONA.— NO ADELANTAN LOS ENEMIGOS EN EL SITIO DE TORTOSA.— CONVOYES QUE VAN ALLI DE MEQUINENZA.— LOS ATACAN LOS ESPAÑOLES.— CARVAJAL EN ARAGON.— VILLACAMPA INFATIGABLE EN GUERRAR.— ANDORRA.— LAS CUEVAS.— ALVENTOSA.— COMBATE DE LA FUENSANTA.— NUEVOS CONVOYES PARA TORTOSA.— COMBATES PARCIALES.— LOS ESPAÑOLES DESALOJADOS DE FALSET.— MOVIMIENTO DE BASSECOURT.— ACCION DE ULLDECONA.— MACDONALD SOCORRE Á BARCELONA Y SE ACERCA Á TORTOSA.— FORMALIZA EL SITIO SUCHET.— DEJA O'DONNELL EL MANDO.— PARTIDAS EN LO INTERIOR DE ESPAÑA.— EN ANDALUCÍA.— EN CASTILLA LA NUEVA.— EN CASTILLA LA VIEJA.— SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.— EXPEDICION DE RENOVABLES Á LA COSTA CANTÁBRICA.— NAVARRA. ESPOZ Y MINA.— CÓRTESES.— REMISA LA REGENCIA EN CONVOCARLAS.— CLAMOR GENERAL POR EllAS.— LAS PIDEN DIPUTADOS DE LAS JUNTAS DE PROVINCIA.— DECRETO DE CONVOCACION.— JÚBILo GENERAL EN LA NACION.— DUDAS DE LA REGENCIA SOBRE CONVOCAR UNA SEGUNDA CÁMARA.— COSTUMBRE ANTIGUA.— OPINION COMUN EN LA NACION.— CONSULTA DE LA REGENCIA AL CONSEJO REUNIDO.— RESPUESTA DE ÉSTE.— VOTO PARTICULAR.— CONSULTA DEL CONSEJO DE ESTADO.— No SE CONVoca SEGUNDA CÁMARA.— MODO DE ELECCION.— EL ANTIGUO DE ESPAÑA.— PODERES QUE SE DAN Á LOA DIPUTADOS.— LLÁMANSE Á LAS CÓRTESES DIPUTADOS DE LAS PROVINCIAS DO AMÉRICA Y ASIA.— ELECCION DE SUPLENTES.— OPINION SOBRE ESTO EN CÁDIZ.— PARTE QUE TOMA LA MOCEDAD.— ENOJO DE LOS ENEMIGOS DE REFORMAS.— NÚMERO QUE ACUDE Á LAS ELECCIONES.— TEMORES DE LA REGENCIA.— RESTABLECE TODOS LOS CONSEJOS.— QUIERE EL CONSEJO REAL INTERVENIR EN LAS CÓRTESES.— No LO CONSIGUE.— SEÑÁLASE EL 24 DE SETIEMBRE PARA LA INSTALACION DE CÓRTESES.— COMISION DE PODERES.— CONGOJOSA ESPERANZA DE LOS ÁNIMOS.

Proseguian los franceses en su intento de invadir el reino de Portugal y de arrojar de allí al ejército inglés, operacion no ménos importante que la do apoderarse de las Andalucías, y de más dificultosa ejecucion, teniendo que lidiar con tropas bien disciplinadas, abundantemente pro-

vistas y amparadas de obstáculos que á porfía les prestaban la naturaleza y el arte. Destinaron los franceses para su empresa los cuerpos sexto y octavo, ya en Castilla, y el segundo, que luégo se les juntó, yendo de Extremadura. Formaban los tres un total de 66.000 infantes y unos 6.000 caballos. Nombróse para el mando en jefe al Duque de Rívoli, el célebre mariscal Massena.

Antes de pisar el territorio portugues, forzoso les era á los franceses no sólo asegurar algun tanto su derecha, como ya lo habian practicado, metiéndose en Astúrias y ocupando á Astorga, sino tambien enseñorearse de las plazas colocadas por su frente. Ofreciase la primera á su encuentro Ciudad-Rodrigo, la cual, despues de varios reconocimientos anteriores, y de haber hecho á su gobernador inútiles intimaciones, embistieron de firme en los últimos dias del mes de Abril.

A la derecha del Agueda, y en paraje elevado, apénas se puede contar á Ciudad-Rodrigo entre las plazas de tercer órden. Circuida de un muro alto antiguo y de una falsa braga, domínala al norte, y distante unas 290 toesas, el teso llamado de San Francisco, habiendo entre éste y la ciudad otro más bajo con nombre del Calvario. Cuéntanse dos arrabales: el del Puente, al otro lado del río, y el de San Francisco, bastante extenso, y el cual, colocado al nordeste, fué protegido con atrincheramientos; se fortalecieron, ademas, en su derredor varios edificios y conventos, como el de Santo Domingo, y tambien el que se apellida de San Francisco. Otro tanto se practicó en el de Santa Cruz, situado al noroeste de la ciudad, y por la parte del río se levantaron estacadas y se abrieron cortaduras y pozos de lobo. Despejáronso los aproches de la plaza y se construyeron algunas otras obras. Se carecia de almacenes y de edificios á prueba de bomba, por lo que hubo de cargarse la bóveda de la catedral y depositar allí y en varias bodegas la pólvora, como sitios más resguardados. La poblacion constaba entónces de unos 5.000 habitantes, y ascendía la guarnicion á 5.498 hombres, incluso el cuerpo de urbanos. Se metió tambien en la plaza, con 240 jinetes, D. Julian Sanchez, é hizo el servicio de salidas. Era gobernador D. Andres Perez de Herrasti, militar antiguo, de venerable aspecto, honrado y de gran bizarría, natural de Granada, como Álvarez el de Gerona, y que así como él, habia comenzado la carrera de las armas en el cuerpo de guardias españolas.

Confiaban tambien los defensores de Ciudad-Rodrigo en el apoyo que les daría lord Wellington, cuyo cuartel general estaba en Viseo y se adelantó despues á Colérico. Su vanguardia, á las Ordenes del general Crawford, se alojaba entre el Agueda y el Coa, y el 19 de Marzo, en

Barba del Puerco, hubo, entre cuatro compañías suyas y unos 600 franceses que cruzaron el puente de San Felices, un reñido choque, en el que, si bien sorprendidos al principio los aliados, obligaron, no obstante, en seguida á los enemigos á replegarse á sus puestos. Unióse en Mayo á la vanguardia inglesa la division española de D. Martín de la Carrera, apostada ántes hácia San Martín de Trevejos.

Viniendo sobre Ciudad-Rodrigo, aparecieron los franceses el 25 de Abril via de Valdecarros, y establecieron sus estancias desde el cerro de Matahijos hasta la Casablanca. Descubriéronse igualmente gruesas partidas por el camino de Zamorra, y continuando en acudir hasta Junio tropas de todos lados, llegaron á juntar más de 50.000 hombres, que se componian de los ya nombrados sexto y octavo cuerpos y de una reserva de caballería, que guiaban el mariscal Ney y los generales Junot y Mont-Brun. El primero habia vuelto de Francia y tomado el mando de su cuerpo, con la esperanza de ser el jefe de la expedicion de Portugal. Por demas hubiera sido emplear tal enjambre de aguerridos soldados contra la sola y débil plaza de Ciudad-Rodrigo, si no hubiera estado cerca el ejército anglo-portugues.

Tuvo el sexto cuerpo el inmediato cargo de ceñir la plaza; situóse el octavo en San Felices y su vecindad; se extendió la caballería por ambas orillas del Águeda. Pasóse el mes de Mayo en escaramuzas y choques, distinguiéndose varios oficiales, y sobre todos D. Julian Sanchez. Maravillóse de las buenas disposiciones y valor de éste el comandante de la brigada británica Crawford, que desde Gallegos habia pasado á Ciudad-Rodrigo, á conferenciar con el Gobernador. Era el 17 de Mayo, y de vuelta á su campamento escoltaba al inglés Sanchez, cuando se agolpó contra ellos un grueso trozo de enemigos. Juzgaba Crawford prudente retroceder á la plaza; mas D. Julian, conociendo el terreno, disuadiólo de tal pensamiento, y con impensado arrojo, acometiendo al enemigo en vez de aguardarle, le ahuyentó, y llevó salvo á sus cuarteles al general inglés.

Intimaron el 12 de nuevo los franceses la rendicion, y Herrasti, sin leer el pliego, contestó que excusaban cansarse, pues ahora no trataria sano á balazos.

Los enemigos, despues de haber echado dos puentes de comunicacion entre ambas orillas y completado sus aprestos, avivaron los trabajos de sitio al principiar Junio.

El 6 verificaron los cercados una salida, mandada por el valiente oficial D. Luis Minayo, que causó bastante daño á los franceses, é hicieron

hoyos en las huertas llamadas de Samaniego, en donde se escondían sus tiradores, incomodando con sus fuegos á nuestras avanzadas. Continuaron adelantando los franceses sus apostaderos, y á su abrigo, en la noche del 15 al 16 de Junio abrieron la trinchera que arrancaba en el mencionado teso, y que los enemigos dilataron, aunque á costa de mucha sangre, por su derecha y por el frente de la plaza. Cuatrocientos hombres de las compañías de cazadores y el batallon de voluntarios de Ávila, capitaneados por el entendido y valeroso oficial D. Antonio Vicente Fernandez, se señalaron en los muchos reencuentros que hubo, sostenidos siempre por nuestra parte con gloria.

Teniendo ya los enemigos el 22 muy adelantadas sus líneas, y de modo que imposibilitaban el maniobrar de la caballería, resolvióse que D. Julian Sanchez saliese del recinto con sus lanceros y se uniese á D. Martín de la Carrera. Ejecutóse la operacion con intrepidez, y el denodado Sanchez, á la cabeza de los suyos, dirigiéndose á las once de la noche por la dehesa de Marti-Hernando, forzó tres líneas enemigas con que encontró, y matando y atropellando, logró gallardamente su intento.

Acometieron los sitiadores en la noche del 23 el arrabal de San Francisco, y en especial los conventos de santo Domingo y Santa Clara, pero fueron rechazados. Lo mismo practicaron en el arrabal del Puente, si bien tuvieron igual ó semejante suerte. A la verdad no fueron éstos sino simulados ataques.

Apareció como verdadero el que dieron contra el convento de Santa Cruz, situado, segun queda dicho, al noroeste de la plaza. Cercáronlo, en efecto, por todos lados, de noche, escalaron las tapias de su frente, y quemando la puerta principal, se metieron en la iglesia, á cuyas paredes aplicaron camisas embreadas. Pensaron en seguida asaltar el cuerpo del edificio, en donde se alojaba la tropa que guarnecía el puesto, y que constaba de 100 soldados, á las órdenes de los capitanes D. Ildefonso Prieto y D. Angel Castellanos. Los defensores repelieron diversas acometidas, y habiendo de antemano y con maña practicado una cortadura en la escalera de subida, al trepar por ella con esfuerzo los granaderos franceses, quitaron los nuestros unos tablones que cubrian la trampa, y cayeron los acometedores precipitados en lo hondo, en donde perecieron miserablemente, junto con un brioso oficial que los capitaneaba, el sable en una mano y en la otra una hacha de viento encendida. Duró la pelea cerca de tres horas, firmes los españoles, aunque rodeados de enemigos y casi chamuscados con las llamas que consumian la iglesia contigua. Recelosos los franceses con lo acaecido en la escalera, no osaban pene-

trar dentro, y al fin, fatigados de tal porfía, y expuestos tambien al fuego continuo de la plaza, se retiraron, dejando el terreno bañado en sangre. Honraron á nuestras armas con su defensa las tropas del convento de Santa Cruz; fué su accion de las más distinguidas de este sitio.

Ocupados hasta ahora los franceses en los ataques exteriores y en sus preparativos contra la plaza, molestados asimismo y continuamente por los sitiados, y prevenidos á veces en sus tentativas, no habian aún establecido sus baterías de brecha. Atrasó tambien las operaciones el haberse retardado la legada de la artillería gruesa, detenida en su viaje á causa del tiempo, que, lluviosísimo, puso intransitables los caminos.

Por fin, listos ya los franceses, descubrieron el 25 de Junio siete baterías de brecha, coronadas de 46 cañones, morteros y obuses, que con gran furia empezaron á disparar contra la ciudad balas, bombas y granadas. Se extendia la línea enemiga desde el teso de San Francisco hasta el jardín de Samaniego.

Respondió la plaza con no menor braveza, acudiendo en ayuda de la tropa el vecindario, sin distincion de clase, edad ni sexo. Entre las mujeres sobresalió una del pueblo, de nombre Lorenza, herida dos veces, y hasta dos ciegos, guiado uno por un perro fiel que le servía de lazarrillo, se emplearon en activos y útiles trabajos, y tan joviales siempre y risueños entre el silbar y granizar de las balas, que gritaban de continuo en los parajes más peligrosos: «Animo, muchachos; ¡viva Fernando VII! ¡Viva Ciudad-Rodrigo!»

Los enemigos dirigieron el primer dia sus fuegos contra la ciudad para aterrarla, y empezaron el 26 á batir en brecha el torreón del Rey, que del todo quedó derribado en la mañana siguiente. Hiciéronles los españoles, por su parte, grande estrago, bien manejada su artillería, cuyo jefe era el brigadier D. Francisco Ruiz Gomez.

El 28 intimó de nuevo el mariscal Ney la rendicion á la plaza, y habiendo ya entónces llegado al campo frances el mariscal Massena, que ántes habia pasado por Madrid á visitar á José, hizose á su nombre dicha intimación, honorífica, sí, aunque amenazadora. Contestó dignamente Herrasti, diciendo, entre otras cosas: «Despues de cuarenta y nueve años que llevo de servicios, sé las leyes de la guerra y mis deberes militares..... Ciudad-Rodrigo no se halla en estado de capitular.»

Sin embargo, imaginándose el oficial parlamentario que parte de la confianza del Gobernador pendia de la esperanza de que le socorriese lord Wellington, propúsole entónces de palabra despachar á los reales ingleses un correo, por cuyo medio se cerciorase de cuál era el inten-

to del general aliado. Convino Herrasti, mas Ney, sin cumplir lo ofrecido por su parlamentario, renovó el fuego y adelantó sus trabajos hasta 60 toesas de la plaza.

Descontento el mariscal Massena con el modo adoptado para el ataque, mejoróle y trazó dos ramales nuevos hácia el glácis y enfrente de la poterna del Rey, rematándolos en la contraescarpa del foso de la falsabraga. Desde allí socavaron sus soldados unas minas para volar el terreno y dar proporcion más acomodada al pié de la brecha. Contuviéronlos algun tanto los nuestros, y los ingenieros, bien dirigidos por el teniente coronel D. Nicolas Verdejo, abrieron una zanja y practicaron otros oportunos trabajos, contrarestando al mismo tiempo la plaza con todo género de proyectiles los esfuerzos de los enemigos.

En el intermedio, en vano éstos habian acometido repetidas veces el arrabal de San Francisco. Constantemente rechazados, sólo lo ocuparon el 3 de Julio, en que los nuestros, para reforzar los costados de la brecha, lo habian ya evacuado, excepto el convento de Santo Domingo.

El Gobernador, siempre diligente, velaba por todas partes, y el 5 ideó una salida, á cargo de los capitanes D. Miguel Guzman y D. José Robledo, cuyas resultas fueron gloriosas. Empezaron los nuestros su acometida por el arrabal del Puente, y despues, corriéndose al de San Francisco por la derecha del Convento de Santo Domingo, sorprendieron á los enemigos, les mataron gente y destruyeron muchos de sus trabajos.

Con esto, enardecidos los españoles, cada dia se empeñaban más en la defensa. Sustentábalos tambien todavía la esperanza de que viniese á su socorro el ejército inglés, no pudiendo comprender que los jefes de éste, tan numeroso y tan inmediato, dejasen á sangre fria caer en poder de los franceses plaza que se sostenia con tan honroso denuedo. Salió, no obstante, fallida su cuenta.

Las baterías enemigas crecieron grandemente, y el 8 algunas de ellas enfilaban ya nuestras obras. La brecha abierta en la falsa braga y en la muralla alta de la plaza ensanchóse hasta 20 toesas, con lo que, y noticioso el Gobernador de que los ingleses, en vez de aproximarse, se alejaban, resolvió el 10 capitular, de acuerdo con todas las autoridades.

A la sazón preparábanse los enemigos á dar el asalto, y tres de sus soldados arrojadamente se habian ya encaramado para tantear la brecha. Enarbolada por los nuestros bandera blanca, salió de la plaza un oficial parlamentario, quien, encontrándose con el mariscal Ney, volvió luégo con encargo de éste de que se presentase el Gobernador en persona, para tratar de la capitulacion. Condescendió en ello Herrasti, y Ney,

recibiéndole bien y elogiándole por su defensa, añadió que era excusado extender por escrito la capitulación, pues desde luego la concedía amplia y honorífica, quedando la guarnición prisionera de guerra.

El mariscal Ney dió su palabra en fe de que se cumpliría lo pactado, y según la noticia de que del sitio escribió el mismo Herrasti, llevóse á efecto con puntualidad. Fueron, sin embargo, tratados rigurosamente los individuos de la Junta, porque, encarcelados con ignominia y llevados á pié á Salamanca, trasladáronlos después á Francia.

En este asedio quedaron de los españoles fuera de combate 1.400 soldados; del pueblo, unos 100. Perdieron, por lo ménos, 3.000 los franceses. Massena encomió la defensa, pintándola como de las más porfiadas. «No hay idea (decía en su relación) del estado á que está reducida la plaza de Ciudad-Rodrigo; todo yace por tierra y destruido; ni una sola casa ha quedado intacta.»

Enojó á los españoles el que el ejército inglés no socorriese la plaza. Lord Wellington había venido allí desde el Guadiana, dispuesto y áun como comprometido á obligar á los franceses á levantar el sitio. No podía, en este caso, alegarse la habitual disculpa de que los españoles no se defendían, ó de que estorbaban con sus desvaríos los planes bien meditados de sus aliados. El Marqués de la Romana pasó de Badajoz al cuartel general de lord Wellington, y unió sus ruegos á los de los moradores y autoridades de Ciudad-Rodrigo, á los del gobierno español, y áun á los de algunos ingleses. Nada bastó. Wellington, resuelto á no moverse, permaneció en su porfía. Los franceses, aprovechándose de la coyuntura, procuraron sembrar zizaña, y el *Monitor* decía: «Los clamores de los habitantes de Ciudad-Rodrigo se oían en el campo de los ingleses, seis leguas distante; pero éstos se mantuvieron sordos.»

Si nosotros imitásemos el ejemplo de ciertos historiadores británicos, abríásemos ahora ancho campo para corresponder debidamente á las injustas recriminaciones que con largueza y pasión derraman sobre las operaciones militares de los españoles. Pero, más imparciales que ellos, y no tomando otra guía sino la de la verdad, asentáremos, al contrario, prescindiendo de la vulgar opinión, que lord Wellington procedió entónces como prudente capitán, si para que se levantase el sitio era necesario aventurar una batalla. Sus fuerzas no eran superiores á las de los franceses, carecían sus soldados de la movilidad y presteza convenientes para maniobrar al raso y fuera de posiciones, no teniendo tampoco todavía los portugueses aquella disciplina y costumbre de pelear que da confianza en el propio valor. Ganar una batalla pudiera haber sal-

vado á Ciudad-Rodrigo, pero no decidia del éxito de la guerra; perderla destruía del todo el ejército inglés, facilitaba á los enemigos el avanzar á Lisboa, y dábase á la causa española un terrible, ya que no un mortal golpe. Con todo, la voz pública atronó con sus quejas los oídos del Gobierno, calificando, por lo ménos, de tibia indiferencia la conducta de los ingleses. Don Martin de la Carrera, participando del comun enfado, se separó, al rendirse Ciudad-Rodrigo, del ejército aliado, y se unió al Marqués de la Romana.

Envió en seguida el mariscal Massena algunas fuerzas que arrojasen allende las montañas al general Mahy, que había avanzado y estrechado á Astorga. Retiróse el español, y el general U. Croix atacó en Alcañices á Echevarría, que de intendente se habla convertido en partidario, y tenido ya anteriormente reencuentros con los franceses. Defendióse dicho Echevarría en el pueblo con tenacidad y de casa en casa. Arrojado, en fin, perdió en su retirada bastante gente, que le acuchilló la caballería enemiga.

Por entónces quisieron tambien los franceses apoderarse de la Puebla de Sanabria, que ocupaba, con alguna tropa, D. Francisco Taboada y Gil. Aquella villa, sólo rodeada de muros de corto espesor, y guarnecida de un castillo poco fuerte, ya vimos cómo la entraron sin tropiezo los franceses al retirarse de Galicia, habiéndola despues evacuado. Su conquista no les fué ahora más difícil. Taboada la desamparó, de acuerdo con el general Silveira, que mandaba en Braganza. Enseñoreóse, por tanto, de ella el general Serras, y creyendo ya segura su posesion, se retiró con la mayor parte de su gente, y sólo dejó dentro una corta guarnicion.

Enterados de su ausencia los generales portugues y español, revolieron sobre la Puebla de Sanabria el 3 de Agosto, y despues de algunas refriegas y acometidas, la recuperaron en la noche del 9 al 10. Cayó prisionera la guarnicion, compuesta de suizos, á los que se les prometió embarcarlos en la Coruña, bajo condicion de que no volverian á tomar las armas contra los aliados.

En breve tornó, y de priesa, en auxilio de la plaza el general Serras, con 6.000 hombres. A su llegada estaba ya rendida, pero Taboada y Silveira juzgaron prudente abandonarla, no teniendo bastantes fuerzas para resistir á las superiores de los enemigos. Lleváronse los prisioneros, y Serras de nuevo se posesionó de la villa y su castillo, cuya anterior toma, con la pérdida de los suizos, le costaba más de lo que militarmente valia.

Comenzó, entre tanto, el mariscal Massena la invasion de Portugal. Pasarémos á hablar, aunque con rapidez, de acontecimiento de tanta importancia, refiriendo ántes los preparativos y medios de defensa que allí había, como tambien de la situacion de aquel reino.

Despues de la evacuacion que en el año pasado de 1809 efectuó el mariscal Soult de las provincias septentrionales de Portugal, puede aseverarse que ni esta nacion ni su ejército habian tomado parte activa ó directa en la lucha peninsular. Achacaron algunos la culpa á la flojedad del gobierno de Lisboa, y muchos al influjo que ejercia la Inglaterra, cuyo gabinete acabó por ser árbitro de la suerte de aquel país, no conviniendo á la política británica, segun se creia, el que se estableciese íntima union entro Portugal y España. Hubo de los gobernadores del reino (nombre que se daba á los individuos de la regencia portuguesa) quien se disgustó de tal predominio, y así se verificaron por este tiempo mudanzas en las personas que componian aquella corporacion. El Marqués de las Minas se retiró, y se agregaron á los que quedaban otros gobernadores, de los que fué el más notable y principal Sousa, hermano de los embajadores portugueses residentes en el Brasil y en Lóndres. Poco despues, en Setiembre, entró tambien en la Regencia sir Cárlos Stuart, á la sazón embajador de Inglaterra en Lisboa. Del ejército, ademas del mando inmediato dado á Beresford, disponía en jefe, como mariscal general de Portugal, lord Wellington, independiente del Gobierno, y absoluto en todo lo relativo á la fuerza combinada anglo-portuguesa, de cualquiera clase que fuese. Igualmente se confirió la direccion suprema de la marina al almirante inglés Berkeley. En fin, el gabinete del Brasil, ó por mejor decir, las circunstancias, arreglaron de modo la administracion pública de Portugal, que, conforme á la expresion de un historiador inglés, en esta parte nada sospechoso, aquel reino (1) «fué reducido á la condicion de un estado feudatario.»

Por lo mismo, no con mayor resignacion que el Marqués de las Minas, se sometian algunos de los otros gobernadores del reino, aún de los nuevos, á la intervencion extraña. Las reyertas eran frecuentes y vivas, echando los ingleses en cara al gobierno de Lisboa que, en vez de remover obstáculos, los aumentaba, entorpeciendo la ejecucion de medidas las más cumplideras. Pero tales quejas partian, á veces, de apasionada irreflexion, pues si bien ciertas resoluciones de los comandantes britá-

(1) *Portugal was reduced to the condition of a vassal state. (History of the war in the peninsula, by W. F. P. Napier, vol. III, pág. 372.)*

nicos solian ser eficaces para el éxito final de la buena causa, producian por el momento incalculables males, poco sentidos por extranjeros, que sólo miraban los campos lusitanos como teatro de guerra, y desoían los clamores de un país que no era su patria.

Lord Wellington, para hacer frente á tantas dificultades, y no abrumado con la grave carga que pesaba sobre sus hombros, desplegó asombrosa firmeza y se mostró invariable en sus determinaciones. Ministróle gran sostenimiento la suprema autoridad de que estaba proveido, y los socorros y dinero que la Inglaterra profusamente derramaba en Portugal.

De antemano habia lord Wellington meditado un plan de defensa y elevádole al conocimiento del gobierno británico, despues de examinar detenidamente los medios económicos y militares que para ello deberian emplearse. Extendió su dictámen en un oficio dirigido á lord Liverpool, obra maestra de prevision y maduro juicio. El gabinete inglés, descorazonado con la paz de Austria y el desastrado remate de la expedicion de Walcheren, habia vacilado en si continuaría ó no protegiendo con esfuerzo la causa peninsular; pero arrastrado de las razones de Wellington, apoyadas con elocuencia y saber por su hermano, el Marqués de Wellesley, miembro ahora de dicho gabinete, accedió al fin á las propuestas del general británico. Segun ellas, debiendo aumentarse el ejército angloportugues, tenian que ser mayores los gastos y que concederse nuevos subsidios al gobierno de Lisboa.

Aprobado, pues, en Lóndres el plan de Wellington, en breve contó éste con una fuerza armada bastante numerosa. Habia en la Península, no incluyendo los de Gibraltar, cerca de 40.000 ingleses, y dejando aparte los enfermos y los cuerpos que contribuian á guarnecer á Cádiz, quedábanle por lo ménos al general británico de 26 á 27.000 hombres de su nacion. Dividíase la gente portuguesa en reglada, de milicias y en ordenanzas, las últimas mal pertrechadas y compuestas de paisanaje. Los estados que de toda la fuerza se formaron tuviéronse por muy exagerados, y segun un cómputo prudente, no pasaba la milicia arriba de 26.000 hombres, y el ejército de 30.000. No es fácil enumerar con puntualidad la fuerza real de las ordenanzas. Por manera que casi al comenzarse la campaña hallábanse ya bajo el mando de lord Wellington unos 80.000 hombres, bien mantenidos, armados y dispuestos, con los que, apoyados por las ordenanzas, ó sea la poblacion, debia defenderse el reino de Portugal.

El subsidio con que á éste acudia la Gran Bretaña llegó á ascender

por año á cerca de un millon de libras esterlinas. Rayaba el costo del ejército puramente británico en la suma de 1.800.000 libras de la misma moneda, 500.000 más de las que hubiera consumido en su propio país. Encarecióse sobremanera el enganche de soldados, no permitiendo las leyes inglesas en el reemplazo de las tropas de tierra conscripciones forzadas. Se pagaban 11 guineas de premio por cada hombre que pasase de la milicia á la línea, y 10 por los que se alistasen en la primera.

Lord Wellington, colocado ya en el valle de Mondego, ó ya avanzando hácia la frontera de España, estaba como en el centro de la defensa, formando las alas la milicia y ordenanzas portuguesas. Todo el territorio hasta cerca de Coimbra, por donde se pensaba habla de invadir Mas-sena, fué destruido. Arruináronse los molinos, rompiéronse los puentes, quitáronse las barcas, devastáronse los campos, y obligando á los habitantes á que levantasen sus casas y llevasen sus haberes, se ordenó que la poblacion entera, del modo que pudiese, hostigase al enemigo por los costados y espalda y le cortase los víveres, miéntras que el ejército aliado por su frente le traía á estancias en que fuese probable batallar con ventaja.

De aquíellas se contaban á retaguardia de los anglo-portugueses várias que eran muy favorables, sobrepujando á todas las que se conocieron despues con el nombre de líneas de Torres-Vedras. Fortaleciéronse éstas cuidadosamente, proviniendo la primera idea de mantenerlas y asegurarlas de planos que de todos sus puestos mandó levantar en 1799 el general sir Cárlos Stuart (padre del Stuart por este tiempo embajador en Lisboa), trabajo que ya entónces se hizo con el objeto de cubrir la capital de Portugal de una invasion francesa. Wellington desde muy temprano concibió el designio de realizar pensamiento tan provechoso.

Dos fueron las principales líneas que se fortificaron. Partia la primera de Alhandra, orillas del Tajo, y corria por espacio de siete leguas, siguiendo la conformacion sinuosa de las montañas hasta el mar y embocadero del Sizandro, no léjos de Torres-Vedras. La segunda, que era la más fuerte y que distaba de la primera de dos á tres leguas, segun la irregularidad del terreno, arrancaba de Quintela, y dilatándose cosa de seis leguas, remataba en el paraje en donde desagua el río llamado San Lorenzo. Habia ademas, pasado Lisboa, al desembocar del Tajo, otra tercera línea, en cuyo recinto quedaba encerrado el castillo de San Julian, no teniendo la última más objeto que el de favorecer, en caso de necesidad, el embarco de los ingleses. Contábanse en tan formidables líneas ciento cincuenta fuertes y unos 600 cañones. Se habian construido las

obras bajo la direccion del teniente coronel de ingenieros Fletcher, á quien auxilió el capitán Chapman.

Puso lord Wellington particular ahinco en que se fortificasen estas lineas cumplida y prontamente, pues como decia al digno oficial D. Miguel de Alava, comisionado por el gobierno español cerca de su persona, no ha podido cabernos mayor fortuna que el haber asegurado el punto de la isla gaditana y este de Torres-Yedras, inexpugnables ambos, y en los que, estrellándose los esfuerzos del enemigo, darémos lugar á otros acontecimientos, y nos prepararémos con nuevos bríos á ulteriores y más brillantes empresas.»

Los franceses, por su parte, habian preparado grandes fuerzas para que no se les malograra la expedicion de Portugal. El mariscal Massena, no sólo tenia á su disposicion los tres cuerpos indicados y la caballería de Mont-Brun, sino que, comprendiéndose igualmente en su mando las provincias de Castilla la Vieja y las Vascongadas, el reino de Leon y Astúrias, de su arbitrio pendia sacar de allí las fuerzas que hubiese disponibles. Además se alojaba entre Zamora y Benavente, á las ordenes del general Serras, una columna móvil, de 8.000 hombres, que amenazaba á Tras-los-Montes, y en Agosto entró en España un noveno cuerpo de ejército de 20.000 hombres, formado en Bayona y regido por el general Drouet; á mayor abundamiento, en la misma ciudad se juntaba otro, al cargo del general Caffarelli. No eran inútiles semejantes precauciones si querian los enemigos conservar firme su base y evitar el que se interrumpiesen las comunicaciones por las partidas españolas.

Así fué que el mariscal Massena, próximo á entrar en Portugal, dió en Ciudad-Rodrigo una proclama á los habitantes de aquel reino, expresando que se hallaba á la cabeza de 110.000 hombres. Asercion no jactanciosa si se cuentan todos los cuerpos y divisiones que estaban bajo su obediencia y que se extendian por España desde la frontera lusitana hasta la de Francia.

Hubo ya escaramuzas en los primeros días de Julio entre ingleses y franceses. Aquéllos volaron y acabaron de arruinar el 21 del mismo mes el fuerte de la Concepcion, en la raya perteneciente á España, y bien fortificado ántes de 1808, pero que al principiarse en dicho año la insurreccion se vió abandonado por los españoles y destruido en parte por los franceses.

Crawford, general de la vanguardia inglesa, se colocó entónces á la márgen derecha del Coa, y sin tener la aprobacion de lord Wellington, decidióse el 24 á trabar pelea con los franceses, llevado quizá del de-

seo de cubrir á Almeida, bajo cuyos cañones apoyaba en izquierda. Consistia la fuerza de Crawford en 4.000 infantes y 1.100 caballos, situados en una línea que se extendia por espacio de media legua; formacion algo semejable á las desadvertidas del general Cuesta. Vino sobre los ingleses el mariscal Ney, acompañado de su cuerpo de ejército, y por consiguiente muy superior á aquéllos en número. Y si bien los batallones de la vanguardia aliada y los individuos combatieron por separado valerosamente, maniobróse mal en la totalidad, y los movimientos no fueron más atinados que lo habia sido la colocacion de las tropas. Los franceses rompieron las filas inglesas, obligando á sus soldados á pasar el Coa. Sirvió á éstos para no ser del todo deshechos y atropellados por los jinetes enemigos lo desigual del terreno y los viñedos, y tambien el haberse negado á evolucionar oportunamente, con la caballería, el general Mont-Brun, disculpándose con no tener órden del general en jefe, mariscal Massena. Hallaron así los ingleses hueco para cruzar el puente, cuyo paso, defendido con grande aliento, detuvo al frances en su marcha. Perdió Crawford cerca de 400 hombres; bastantes Ney por el empeño que puso, aunque inútil, en ganar el puente.

Tal contratiempo, en vez de coadyuvar á la defensa de Almeida, no podía ménos de perjudicarla. Los franceses, en efecto, intimaron luego la rendicion; mas no por eso obraron con su acostumbrada presteza, pues hasta el 15 de Agosto en la noche no abrieron trinchera.

Parecia natural que Almeida, plaza bajo todos respectos preeminente á Ciudad-Rodrigo, imitase tan glorioso ejemplo, prolongando áun por tiempo más largo la resistencia. Los antiguos muros se hallaban mucho ántes de la actual guerra mejorados, conforme al sistema moderno de fortificacion, con foso, camino cubierto, seis baluartes, seis rebellines y un caballero, que dominaba la campiña. Había tambien almacenes á prueba de bomba. Estaba ahora la plaza municionada muy bien y sus obras más perfeccionadas. Guarnecíanla 4.000 hombres, y mandaba en ella el coronel inglés Cox.

Rompieron los franceses el 26 horroroso fuego, y á poco ardieron muchas casas. Al anocheecer del mismo día tres almacenes, los más principales, encerrados en un castillo antiguo, situado en medio de la ciudad, se volaron con pasmoso estrépito y causaron deplorable ruina. Por unas partes resquebrajéronse los muros, por otras se aportillaron; los cañones casi todos fueron ó desmontados ó arrojados al foso; perecieron 500 personas, hubo heridas muchas otras, y apenas quedaron seis casas en pié. Tal espectáculo ofreció Almeida en la mañana del 27. No fal-

tó quien atribuyese á traicion semejante desdicha; los bien informados, á casualidad ó descuido.

Sin tardanza repitieron los franceses la intimacion de rendirse. El gobernador Cox, aunque ya miraba imposible la defensa, queria alargarla dos ó tres dias, esperando que el ejército aliado acudiese en socorro de la plaza; pero obligóle á capitular un alboroto, agavillado por el teniente de rey Bernardo de Costa. Presúmese que en él influyeron los portugueses adictos al frances y que estaban en su campo. El teniente de rey fué en adelante arcabuceado, si bien no resultó claramente que llevase tratos con el enemigo.

De resultas, la Regencia de Portugal tambien declaró traidores á varios individuos que seguian el bando francés. Entre ellos sonaban los nombres de los marqueses de Alorna y de Loulé, del Conde de Ega, de Gomez Freire de Andrade, y otros de cuenta. Se prendió asimismo en Lisboa á muchas, personas so pretexto de conspiracion, sin pruebas ni acusacion fundada. Enviáronlas después unas á Inglaterra, otras á las Azores. Dieron ocasion á tan vituperable demasía livianos motivos y privadas venganzas. Extrañóse que lord Wellington, y particularmente el embajador Stuart, miembro de la Regencia y de poderoso influjo, no estorbasen procedimientos en que por lo ménos pudiera achacárseles cierta connivencia, como sucedió. Pero la Regencia de Lisboa, tomando la defensa de ambos, manifestó no haber tenido parte ninguno de ellos en aquella ocurrencia.

Miéntas tanto, la caida de Almeida, el contratiempo de Crawford, y la idea agigantada que entónces tenian los ingleses del ejército frances, causaban en el británico grande descaecimiento. Las cartas de los oficiales á sus amigos en Inglaterra no estaban más animosas, y su mismo gobierno se mostraba casi desesperanzado del buen éxito de la lucha peninsular. Así fué que no obstante haber accedido á los planes de lord Wellington, indicábase á éste en particulares instrucciones que S. M. B. veria con gusto la retirada de su ejército, más bien que el que corriese el menor peligro por cualquiera dilacion en su embarco. Otro general de ménos temple que lord Wellington, y ménos confiado en los medios que le asistian, hubiera quizá vacilado acerca del rumbo que convenía tomar, y dado un nuevo ejemplo de escandalosa retirada. Mas Wellington mantúvose firme, á pesar de que la repentina é inesperada pérdida de Almeida aceleraba las operaciones del enemigo.

Acaecida tamaña desgracia, se replegó el general inglés á la izquierda del Mondego, estableció en Gouvea sus reales, colocó detras de Ce-

lórico los infantes, y en este mismo pueblo la caballería. Massena, teniendo dificultades en acopiar víveres á causa de las partidas españolas y de la mala voluntad de los pueblos, retardó la invasion, y áun dudaba poderla realizar tan pronto. Dos meses eran corridos despues de la toma de Ciudad-Rodrigo. Almeida apénas había ofrecido resistencia, y el ejército francés áun permanecía á la derecha del Coa. Tanto ayudaba á los aliados la constante enemistad que conservaban los habitantes á los invasores.

Napoleon, que no palpaba de cerca, como sus generales, los obstáculos del país, maravillábase de la dilacion, mayormente siendo superior en número al anglo-portugues el ejército de los franceses. Así se lo manifestaba á Massena en instrucciones que le expidió en Setiembre; pero ántes de recibir éstas, ya aquel mariscal se habia puesto en marcha.

Fué su primer plan, aseguradas las plazas de Ciudad-Rodrigo y Almeida, moverse por ambas orillas del Tajo. Pero despues, contando con que las tropas francesas de Extremadura y Andalucía amenazarían por el Alentejo, y no creyéndose con bastante fuerza para dividir ésta, limitó sus miras á su solo frente, y determinó obrar por uno de los tres principales caminos que por allí se le ofrecían, de Belmonte, Celórico y Viseo.

Wellington, conservando en Gouvea sus cuarteles, extendia los puestos avanzados de su ejército, comprendiendo las fuerzas de Hill, y otras sobre la derecha, desde el lado de Almeida, por la sierra de Estrella, á Guarda y Castello-Branco; en caso de ataque del enemigo, debían todas las divisiones replegarse concéntricamente hácia las líneas. El inconveniente de esta posicion consistía en lo dilatado de ella, pudiendo el enemigo, al paso que amagase á Celórico, interponerse por Belmonte entre lord Wellington y el general Hill, á quienes separaba gran distancia. El último, siguiendo paralelamente, conforme indicamos, los movimientos del frances Reynier, habia llegado á Castello-Branco el 21 de Julio. Dejó aquí una guardia avanzada, y obedeciendo las órdenes de lord Wellington, que le habia reforzado con caballería, se acampó con 16.000 hombres y 18 cañones en Sarcedas. Para prevenir el que los franceses se interpusiesen, se rompió de Covilhá arriba el camino, ejecutáronse otros trabajos de defensa, se apostó en Fundao una brigada portuguesa, y colocóse entre dos posiciones, que se atrincheraron detras del Cázere, rio tributario del Tajo, y junto al Alba, que lo es del Mondego, una reserva formada en Tomar, y compuesta de 8.000 portugueses y 2.000 ingleses, bajo el mando del general Leith.

El cuerpo principal del ejército de Wellington podía, desde Celórico, tomar para su retirada, ó el camino que va á la sierra de Murcela, ó el de Viseo. El primero corre por espacio de quince leguas lo largo de un desfiladero entre el rio Mondego y la sierra de Estrella, teniendo al extremo la de Murcela, que circunda el Alba. De allí un camino que lleva á Espinhal facilitaba las comunicaciones con Hill y Leith, y un ramal suyo las de Coimbra. La otra ruta insinuada, la de Viseo, es de las peores de Portugal, interrumpida por el Cria y otras corrientes, y tambien estrechada entre el Mondego y la sierra de Caramula, que se une por medio de un país montuoso á la de Busaco, límite, por decirlo así, del valle, y que hace frente á la de Murcela, pasando entre las faldas de ambas sierras el mencionado Mondego. La decision de Wellington pendia del partido que tomasen los franceses.

Massena no conocia á fondo el terreno, y tomando consejo de los portugueses que habia en su campo, á quienes suponía enterados, resolvió dirigirse á Viseo, y de allí á Coimbra, habiéndosele pintado aquella ruta como fácil y sin particulares obstáculos. En consecuencia, reconcentró el 16 de Setiembre los tres cuerpos de ejército que mandaba: el de Ney y la caballería pesada en Mazal de Chao, el de Junot en Pinhel, y el de Reynier en Guarda. Hizo distribuir á los soldados pan para trece dias, pensando caminar aceleradamente, y deseando anticiparse á Wellington en su marcha. Massena, colocando así su ejército, amenazaba los tres caminos indicados de Celórico, Belmonte y Viseo, y dejaba en duda el verdadero punto de su acometida. Reynier había hecho, desde su retirada de Extremadura, varios movimientos, ya dando indicios de dirigirse á Castello-Branco, ya adelantándose hasta Sabugal, ya retrocediendo á Zarza la Mayor. Por fin se incorporó, segun acabamos de ver, á los otros cuerpos de Massena.

De éstos, el segundo y sexto, unidos con la caballería de Mont-Brun, cayeron en breve sobre Celórico, replegándose los puestos de los aliados á Cortizá. Wellington entónces comenzó su retirada por la izquierda de Mondego sobre Alba, y el 17 notó que los dos mencionados cuerpos franceses se dirigian á Viseo por Fornos; quedaba el octavo de Junot hácia Trancoso, en observacion de 10.000 hombres de milicia, al mando del coronel Trant y de los jefes Miller y Juan Wilson, recogidos del norte de Portugal, y que se pusieron á las órdenes del general Bacellar para molestar el flanco derecho y la retaguardia del enemigo.

Entraron en Viseo las avanzadas francesas el 18. La ciudad estaba desierta. Wellington sin demora hizo cruzar de la márgen izquierda

del Mondego á la opuesta la brigada portuguesa que mandaba Pack, y la apostó más allá del Criz, rotos sus puentes. En seguida empezó tambien el ejército aliado á pasar el Mondego por Pena-Cova, Olivares y otras partes: colocóse la division ligera de Crawford en Mortagao para sostener á Pack, la tercera y cuarta, del mando de Picton y Cole, entre la sierra de Busaco y aquel pueblo, situándose al frente del mismo, en un llano, la caballería. Pasó al otro lado de la citada sierra la primera division, regida por Spencer, y se dirigió á Meallada con la mira de observar el camino de Oporto á Coimbra, pues todavía se dudaba si Massena procuraria desde Viseo salir hácia aquella ruta, ó continuar lo largo de la derecha del Mondego. Por igual motivo el coronel Trant, con parte de la milicia, debia marchar por San Pedro de Sul á Sardaó, y juntarse al general Spencer. En tanto el general Leith llegaba al Alba, y siguióle de cerca Hill, quien, sabiendo que Reynier se habia juntado á Massena, se anticipó afortunadamente, sin que hubiese todavía recibido órdenes de Wellington, y vino á incorporarse al ejército aliado.

El grueso del de los franceses llegó á Viseo el 20; pero su artillería y equipajes se detuvieron por los tropiezos del camino y por una embestida del coronel Trant. Atacólos este caudillo el mismo 20 en Tojal, viniendo de Moimenta da Beira, con algunos caballos y 2.000 hombres de milicia. Cogióles 100 prisioneros, algun bagaje, y su triunfo hubiera sido más completo si la gente que mandaba hubiera sido ménos novicia. Sin embargo, tan inesperado movimiento desasosegó á los franceses, cuya artillería, equipajes y gran parte de la caballería no llegó á Viseo hasta el 22, lo cual hizo perder á Massena dos días, y no desaprovechó á Wellington, á quien hubiera podido andar el tiempo escaso.

Parecia ahora que este general, prosiguiendo en su propósito de no aventurar batallas, no se detendria en donde estaba, sino que cerciorado de que los franceses iban adelante, se replegaria para aproximarse á las líneas. Suposicion ésta tanto más fundada, cuanto no habiendo querido empeñar accion para salvar dos plazas, no era regular lo hiciese en la actual ocasion, en que no concurría motivo tan poderoso. Mas no sucedió así. Presúmese que varió de parecer á causa de los clamores que contra los ingleses se levantaron en Portugal, viendo que dejaban el país á merced del enemigo.

Wellington determinó, pues, hacer alto en la sierra de Busaco, y disponer su gente en nuevas y acomodadas posiciones; corren aquellos montes por espacio de dos leguas, cayendo por un lado rápidamente, segun hemos apuntado, sobre la derecha del Mondego, y enlazándose por

el opuesto con la sierra de Caramula. Tres caminos llevan á Coimbra: uno cruza lo más alto, y allí se levanta un convento, célebre en Portugal, de Carmelitas descalzos, en donde lord Wellington estableció el cuartel general, y aquella morada, ántes silenciosa y pacífica, convirtiéndose ahora en estrepitoso alojamiento de gente de guerra. De los otros dos caminos, uno venia de San Antonio de Cantaro, y el otro seguia el Mondego á Pena-Coya. A través del último se colocó el cuerpo de Hill, que llegó el 26; á su izquierda Leith. Seguia la tercera division, y entre ésta y el convento formaba la primera. La cuarta se puso en el extremo opuesto para cubrir un paso que conduce á Meallada, en cuyo llano se apostó la caballería, quedando sólo en las cumbres un regimiento de esta arma. La brigada de Pack se alojaba delante de la primera division, á la mitad de la bajada del lado de los franceses; tambien se situó descendiendo, y enfrente del convento, la vanguardia de Crawford con algunos jinetes. Había en ciertos parajes, á retaguardia de la línea, portugueses que sostenian el cuerpo de batalla. Hallóse Wellington con toda su fuerza principal reunida, en número de unos 50.000 hombres.

Túvose á dicha que los franceses se hubiesen parado hasta el día 27, pues á haber acelerado su marcha y acometido treinta y seis horas ántes, conforme se aseguera queria Ney, la suerte del ejército aliado hubiera podido ser muy otra, reinando alguna confusion en sus movimientos. Leith pasaba el Mondego, Hill todavía no habia llegado, y apénas estaban en línea 25.000 hombres.

El mariscal Massena, despues de algunas dudas, se resolvió á embestir la sierra el 27 al amanecer. Tenían sus soldados, para llegar á la cima, que trepar por una subida empinada y escabrosa, cuya desigualdad, sin embargo, los favorecia, escudando hasta cierto punto sus personas. El mariscal Ney se enderezó al convento, y Reynier del otro lado, por San Antonio de Cantaro. Junot se quedó en el centro y de respeto con la caballería y artillería.

Las tropas de Reynier acometieron con tal ímpetu, que se encaramaron en la cima, y por un rato se enseñorearon de un punto de la línea de los aliados, arrollando parte de la tercera division, que mandaba Picton. Pero acudiendo el resto de ella, y tambien el general Leith, por el flanco, con una brigada, fueron los enemigos desalojados, y cayeron con gran matanza la montaña abajo.

Ni aún tan afortunado logró ser por el otro punto el mariscal Ney. Dueño, desde el principio de la accion, de una aldea que amparaba sus movimientos, comenzó á subir la sierra por la derecha, encubierto con lo

ágrío y desigual del terreno. El general Crawford, que se hallaba allí, tomó en esta ocasion atinadas disposiciones. Dejó acercarse al enemigo, y á poca distancia rompió contra sus filas vivísimo fuego, cargándole despues á la bayoneta por el frente y los costados. Precipitáronse los franceses por aquellas hondonadas, perdieron mucha gente y quedó prisionero el general Simon. Ganaron despues los ingleses á viva fuerza el pueblecito que habian al principio ocupado sus contrarios. Lo recio de la pelea duró poco; el enemigo no insistió en su ataque, y se pasó lo que restaba del día en escaramuzas y tiroteos. Perdieron los franceses unos 4.000 hombres, murió el general Graindorge, y fueron heridos Foy y Merle. De los aliados perecieron 1.300, ménos que de los otros, á causa de su diversa y respectiva posicion.

Convencido el mariscal Massena de las dificultades con que se tropezaba para apoderarse de la sierra por el frente, trató de salvarla poniéndose en franquia por la derecha, y obligando de este modo á los ingleses á abandonar aquellas cumbres, ya que no pudiese sorprenderlos por el flanco y escarmentarlos. Lo difícil era encontrar un paso, mas al fin consiguió averiguar de un paisano que desde Mortagao partia un camino al traves de la sierra de Caramula, el cual se juntaba con el que de Oporto va á Coimbra. Contento el mariscal frances con tal descubrimiento, decidió tomar prontamente aquella via, y disfrazó su resolucion manteniendo el 28 falsos ataques y escaramuzas. Miéntas tanto fué marchando á la desfilada lo más de su ejército, y hasta en la tarde no advirtieron los ingleses el movimiento de sus contrarios.

No les era ya dado el estorbarlo, por lo que desampararon á Busaco ántes del alborear del 29. Hill repasó el Mondego, y por Espinhal se retiró sobre Tomar; hácia Coimbra y la vuelta de Meallada, Wellington, con el centro y la izquierda. Cubria la retaguardia la division ligera de Crawford, á la que se unió la caballería.

Los franceses, despues de cruzar la sierra de Caramilla, llegaron el mismo día 28 á Boyalvo, sin encontrar ni un solo hombre. El coronel Trant se hallaba á una legua, en Sardao, adonde habia venido desde San Pedro de Sul, pero con poca gente. Las partidas enemigas le arrojaron fácilmente mas allá del Vouga.

Por la relacion que hemos hecho de la accion de Busaco aparece claro que con ella no se alcanzó otra cosa que el que brillase de nuevo el valor británico y se adquiriese mayor confianza en las tropas portuguesas, las cuales pelearon con brío y buena disciplina. Pero no se recogió ninguno de aquellos importantes frutos por los que un general aventura

de grado una batalla. Ni siquiera habia los motivos que para ello asistian durante los sitios de Ciudad-Rodrigo y de Almeida. Y hasta la prudencia de lord Wellington falló en esta ocasion, dejando un portillo, por donde no sólo se metieron los franceses, sino que tambien por él pudieron envolver al ejército aliado, ó á lo ménos flanquearle con gran menoscabo. En vano se alega en disculpa haber mandado Wellington que avanzase el coronel Trant con la milicia; la escasa fuerza y la índole bisoña de esta tropa no hubiera podido detener, cuanto ménos rechazar, las numerosas huestes de Massena. Tan cierto es que de un hilo cuelga la suerte de las armas, aún gobernadas por generales los más advertidos.

Puesto el mariscal frances en Boyalvo, marchó sobre Coimbra. En aquel tránsito no estaba el país tan destruido y talado como hasta Busaco. No se cumplieron allí rigurosamente las disposiciones de Wellington, parte por creerse lejano el peligro, parte tambien porque á la Regencia portuguesa, gobierno nacional, no le era lícito llevar á efecto órdenes tan duras con la misma impasibilidad y fortaleza que al brazo de hierro de un general que, aunque aliado, era extranjero.

Hubo, por tanto, en Coimbra desbarato y confusion, y si bien los vecinos desampararon la ciudad, con la precipitacion se dejaron víveres y otros recursos al arbitrio del enemigo. No le aprovecharon, sin embargo, á éste: Junot, á pesar de órdenes contrarias del general en jefe, permitió, ó no pudo impedir, el pillaje.

De aquí nació que agolpándose muchedumbre de poblacion fugitiva de aquella ciudad y otras partes á los desfiladeros que van á Condeixa, hubo de comprometerse la division de Crawford, que cubria la retirada del ejército aliado, porque, detenida en su marcha, se dió lugar á que se aproximasen los jinetes enemigos. A su vista suscitóse gran desorden, y si hubieran venido asistidos de infantería, quizá hubiesen destrozado á Crawford. Éste consiguíó, aunque á duras penas, poner en salvo su division.

Lo apacible del tiempo habia favorecido en su retirada á los ingleses; abundaban en provisiones, y no obstante cometieron excesos, á punto de robar sus propios almacenes. El cuartel general se estableció en Leiria el 2 de Octubre, y creciendo la perturbacion y las demasias, hubiéranse quizá repetido en compendio las escenas deplorables del ejército de Moore, á no haber lord Wellington reprimido el desenfreno con castigos ejemplares y con vedar que los regimientos más díscolos entrasen en poblado.

El saqueo de Coimbra, y sus desórdenes, impidieron tambien por su

parte al mariscal Massena moverse de aquella ciudad ántes del 4; respiro que aprovechó á los ingleses. No obstante, acometiendo de repente los enemigos á Leiria, se vieron aquéllos al pronto sobrecogidos. Atajados al fin los ímpetus del frances, prosiguieron la retirada los aliados, yendo su derecha por Tomar y Santaren, la izquierda por Alcobaza y Obidos, el centro por Batalha y Riomayor; envióse fuerza portuguesa á guarnecer á Peniche, pequeña plaza á orillas del mar.

No bien hubo el mariscal Massena salido de Coimbra, cuando el coronel Trant, viniendo desde el Vouga con milicia portuguesa, pudo el 7 sorprender aquella ciudad á los franceses que la custodiaban, coger á los que se habian fortificado en el castillo de Santa Clara, apoderarse, en una palabra, de 5.000 hombres, contados heridos y enfermos, y asimismo de los depósitos y hospitales. Al siguiente dia llegaron tambien, con sus milicianos, los jefes Miller y Juan Wilson, y tomaron, extendiéndose por la línea de comunicacion, 300 hombres más.

No detuvo á Massena semejante contratiempo, ni tampoco las lluvias, que empezaron á ser muy copiosas. En nada reparaba la impetuosidad francesa, y el 9, en Alcoentre, vióse sorprendida una brigada de artillería inglesa, y hasta perdió sus cañones. Costó mucho recobrarlos. Parecida desgracia ocurrió el 10 á la division de Crawford en Alenquer, permaneciendo este general muy descuidado cuando tenía cerca un enemigo tan diligente. El terror fué grande, y aunque se disipó, no por eso dejó de correr la voz de que aquella division habia sido cortada; por lo cual, temeroso Hill de la suerte de la segunda línea, que era la más importante, se echó atras para cubrirla, y dejó desamparada la primera desde Alhandra á Sobral, cosa de dos leguas. Felizmente los enemigos no lo notaron, y ántes de la madrugada del 11 tornó Hill á sus anteriores puestos. Infiérese de aquí lo poco firme que todavía andaba el ánimo del ejército inglés.

Había éste ido entrando sucesivamente en las lineas de Torres-Vedras, y admirábase, no teniendo de ellas cumplida idea. No ménos se maravilló, al acercarse, el mariscal Massena, quien hasta pocos días ántes ni siquiera sabía que existiesen. Ignorancia pasmosa, ya dimanase del sigilo con que se habian construido obras de tal importancia, ya de la falta de secretas correspondencias de los enemigos en el campo aliado.

Massena gastó algunos dias en reconocer y tantear las líneas; se trabaron várias escaramuzas, la más séria el 14, cerca de Sobral. Fué herido el general inglés Harvey, y en Villafranca mató el fuego de una cañonera al general frances Saint-Croix.

No vislumbrando Massena, despues de su exámen, probabilidad de forzar las líneas, consultó con los otros jefes principales del ejército, y juntos, decidieron pedir refuerzos á Napoleon, y reducir en cuanto fue-se dado á bloqueo las operaciones. Estableció, de consiguiente, Massena su cuartel general en Alenquer, situó el cuerpo de Reynier en Villafranca, el de Junot mirando á Sobral, y mantuvo el de Ney en Otta, á retaguardia.

Por su parte el ejército de lord Wellington estaba distribuido así: la derecha, á las órdenes de Hill, en Alhandra; la izquierda, que mandaba Picton, en Torres-Vedras; Wellington mismo y Beresford en el centro; el último tenía su cuartel general en Monteagrazo, el primero en Quinta de Peronegro, cerca de Enxara de los Caballeros. Fuése el ejército británico reforzando, y cubriéronse sus huecos con tropas de Inglaterra y Cádiz; tambien se le unió de Badajoz, ántes de acabar Octubre, el Marqués de la Romana, con dos divisiones, mandadas por los generales Carrera y D. Carlos O'Donnell, que ambas componian unos 8.000 hombres.

Juzgó conveniente, ademas, lord Wellington, no sólo tener á su disposicion fuerza real y efectiva bien organizada, sino igualmente gran avenida de hombres, que aumentasen el número y las apariencias. Así la milicia cívica de Lisboa, la de la provincia de la Extremadura portuguesa, y sus ordenanzas, se metieron en el recinto de las líneas, pues allí podian ser útiles y representar aventajado papel. Creció tanto la gente, que al rematar Octubre recibian raciones, dentro de dichas líneas, 130.000 hombres, de los que 70.000 pertenecian á cuerpos regulares y dispuestos á obrar activamente; guardaban casi todos los castillos y fuertes de la primera y segunda línea la milicia y artillería portuguesas, la tercera, que era la última y más reducida, la tropa de marina inglesa.

Tan enorme masa de gente, abrigada en estancias tan formidables, teniendo á su espalda el espacioso y seguro puerto de Lisboa, y con el apoyo y los socorros que prestaban el inmenso poder marítimo y la riqueza de la Gran Bretaña, ofrece á la memoria de los hombres un caso de los más estupendos que recuerdan los anales militares del mundo. ¡Qué recursos asistian al dominador de Francia para superar tantos y tantos impedimentos!

Por fuera de las líneas no descuidó Wellington el que se hostilizase al enemigo. La milicia del norte de Portugal le punzaba por la espalda y se comunicaba con Peniche, hácia donde se destacó un batallón español de tropas ligeras y un cuerpo de caballería inglesa, tambien sostenidos por una columna volante que salia de Torres-Vedras á hacer sus ex-

cursiones, y por el pueblo de Obidos en estado de defensa. Del otro lado maniobraba la milicia de la Beira baja, dándose la mano con la del Norte y apoyada por D. Cárlos España, que con una columna móvil había pasado el Tajo y obraba la vuelta de Abrántes, villa ésta en poder de los aliados y fortificada. De suerte que los franceses estaban metidos como en una red, costándoles mucho avituallarse y formar almacenes.

En la lejanía dañábales igualmente el continuo pelear de los partidarios españoles de Leon, Castilla y provincias Vascongadas, que dificultaban los convoyes y socorros é interrumpian la correspondencia con Francia. No ménos los desfavoreció la guerra que por las alas hacían las tropas españolas, ya en la frontera de Galicia, ya en Astúrias y tambien en Extremadura.

De las primeras, Galicia, aunque libre, ceñia sus operaciones á hacer de cuando en cuando correrías hasta el Orbigo y el Eslá, de donde, segun ya quedó apuntado, solian los enemigos arrojar á los nuestros, obligándolos á replegarse á los puertos de Manzanal y Fucebadon, y áun al Vierzo. El general Mahy continuaba mandando, como ántes, aquel ejército, cuyas fuerzas apénas llegaban á 12.000 hombres y pocos caballos, todo no muy arreglado. Y ¡cosa de admirar! los gallegos, que se habian esmerado tanto en defender sus propios hogares, mostráronse perezosos en cooperar fuera de su suelo al triunfo de la buena causa; mas esto pendió mucho, aquí como en las demas partes, de las autoridades, y no de reprehensible falta en el carácter de los habitantes. Aquéllas, por lo general, eran flojas y adolecían de los vicios de los gobiernos anteriores, careciendo de la prevision y bien entendida energía que da la ciencia práctica del gobierno.

Las operaciones, pues, del general Mahy fueron muy limitadas. Ocuparon, sin embargo, sus tropas por dos veces á Leon, é inquietaron con frecuencia, y á veces con ventaja, á los franceses. Distinguiéronse en semejantas reencuentros los oficiales superiores Meneses y Evia. Diósele despues á Mahy el mando de las tropas de Astúrias, para que, reuniendo éste al que ya tenía, se procediese más de concierto. Al fin autorizósele tambien con la capitanía general de Galicia, y se creyó de este modo que, poniendo en una mano la supremacía militar del distrito y la de las fuerzas activas de ambas provincias tomarian los movimientos de la guerra rumbo mas fijo. Mahy, en consecuencia, y para obrar de acuerdo con la Junta de Galicia y hacer que de un solo centro partiesen las providencias convenientes, pasó á la Coruña en 2 de Setiembre y dejó en su lugar al frente del ejército á D. Francisco Taboada y Gil, que vimos

en Sanabria. Colocó este general las tropas en Manzanal y Fuencebadon con puestos destacados sobre las avenidas de la Puebla de Sanabria por un lado, y por otro sobre Astúrias, vía de las Bavias. Formóse asimismo una columna volante de 2.000 hombres, al mando del coronel Mascareñas, que particularmente maniobraba hácia Leon, la cual desbarató algunas tropas del enemigo en la Robla ántes de acabar Octubre, y en San Félix de Orbigo al empezar Noviembre. Tambien el 26 de aquel mes en Tábara D. Manuel de Nava sorprendió á los franceses y les hizo algunos prisioneros. Mas el único beneficio que de tales operaciones resultó, ciñóse á obligar al enemigo á que mantuviese fuerzas bastantes en las riberas del Orbigo y del Esla.

Mahy no alcanzó nada importante con su ida á la Coruña. Habían traído allí fusiles de Inglaterra y otros auxilios, de que no se sacó gran fruto. Las autoridades discurrían, es cierto, mucho entre sí, y áun ideaban planes; pero casi todos ellos, ó no llegaron á plantearse, ó se frustraron. Hombre de sanas intenciones, escaseaba Mahy de nervio y de aquella voluntad firme que imprime en la mente de los demas respeto y sumision.

Dejamos en Abril las tropas de Astúrias colocadas en la Navia y en el país montuoso que sigue casi la misma línea. Las primeras se componian de la division de Galicia y las mandaba D. Juan Moscoso; las otras, que eran las asturianas, D. Pedro de la Bárcena, á quien se habla agregado, con su cuerpo franco, D. Juan Diaz Porlier. Atacó Moscoso el 17 de Mayo en Luarca á los franceses. Por desgracia nuestras tropas flaquearon, y con pérdida, volvieron á ocupar su primera línea. Á Bárcena, acometido al mismo tiempo, sucedióle igual fracaso. Conservóse íntegro el cuerpo de Porlier, que en seguida se situó en el puente de Salime, á la derecha de Moscoso.

Se retiró á poco éste del principado, cuyo mando supremo militar confirió la Regencia de Cádiz á don Ulises Albergotti, hombre muy anciano é incapaz de desempeñar encargo que en aquel tiempo requería gran diligencia. El nuevo general permaneció en Navia, y allí, en 5 de Julio, acometiéronle los franceses, penetrando por el lado de Trelles. Estaba Albergotti desprevenido, y con el sobresalto no paró hasta Meira, en Galicia. Los enemigos extendieron sus correrías á Castropol, limite de aquel reino y de Astúrias. Dos días ántes, el 3, Bárcena, que había avanzado hácia Salas, tambien fué atacado y se recogió á la Pola de Allando.

Mahy entónces, como general en jefe de todas las fuerzas de Galicia

y Astúrias, quiso poner remedio á tan repetidas desgracias, hijas las más de descuido en algunos jefes y de mala inteligencia entre ellos, y meditó un plan para desembarazar de enemigos el principado. Envió, pues, 600 hombres que reforzasen la division gallega, mandó que ésta partiese á Salime y comunicase con Bárcena, y ademas destacó del grueso del ejército de Galicia, que estaba en el Vierzo, un trozo de 1.500 hombres, al cargo de D. Estéban Porlier, el cual, cruzando el puerto de Leitariegos, debía obrar mancomunadamente con las fuerzas de Astúrias. Al propio tiempo el otro Porlier (D. Juan Diaz) estaba destinado á llamar, con la infantería de su cuerpo franco, la atencion de los franceses del lado de Santander, embarcándose á este propósito en Ribadeo á bordo y escoltado de cinco fragatas inglesas.

Semejante plan hubiera podido realizarse con buen éxito si Mahy, usando de su autoridad, hubiera hecho que todos los jefes concurriesen prontamente á un mismo fin. Porlier dió la vela de Ribadeo, dirigiendo la expedicion marítima el comodoro inglés Roberto Mends. Amagaron los aliados varios puntos de la costa y tomaron tierra en Santoña, puerto que, bien fortificado, hubiera sido en el norte de España un abrigo tan inexpugnable como lo eran en el mediodía las plazas de Gibraltar y Cádiz. Tal deseo asistía á Porlier; pero su expedicion, puramente marítima, no llevaba consigo los medios necesarios para fortificar y poner en estado de defensa un sitio cualquiera de la marina. Desembarcó, sin embargo, en varios parajes ademas de Santoña, cogió 200 prisioneros, desmanteló las baterías de la costa, alistó en sus banderas bastantes mozos del país ocupado, y felizmente tornó á la Coruña con la expedicion el 22 de Julio.

Repitió este activo é infatigable jefe otra tentativa del mismo género el 3 de Agosto, y aportó á la ensenada de Cuevas, entre Llánes y Ribadesella. Dirigióse á Pótes, deshizo en las montañas de Santander algunas partidas enemigas, y retrocediendo á Astúrias, obró de consuno con D. Salvador Escandon y otros jefes de guerrillas, que lidiaban al oriente del principado.

Bárcena, por su parte, tambien avanzó, y el 15 de Agosto tuvo en Linares de Cornellana un reencuentro con los franceses. Siguiéronse otros, y parecia que pronto se verla Oviedo libre de enemigos, favoreciendo las empresas de la tropa reglada las alarmas de varios concejos, nombre que, como dijimos, se daba al paisanaje armado de la provincia. Pero no fué así: cuando unos jefes avanzaban, se retiraban otros, y nunca se llevó á cabo un plan bien concertado de campaña. Teníase, si, en so-

bresalto al enemigo, forzábalo á conservar en aquellas partes considerable número de gente; mas la guerra, yendo al mismo són en el principado de Astúrias que en la frontera de Galicia, no reportó las ventajas que se hubieran sacado con mayor union y vigor en las autoridades y ciertos caudillos.

Fué importante, si no siempre favorable en sus resultas, la asistencia que dió Extremadura á la campaña de Portugal, pues por lo ménos se entretuvo el cuerpo del mariscal Mortier, y se impidió que, metiéndose en el Alentejo, quitase á Lisboa los auxilios que aquel territorio suministraba.

Dimos cuenta hasta entrado Julio de las operaciones más principales del ejército de dicha provincia de Extremadura, que se llamaba de la izquierda. Privado éste del apoyo del general Hill, habla puesto lord Wellington en manos del general en jefe, Marqués de la Romana, la plaza de Campomayor, y enviádole á mediados de Agosto una brigada portuguesa, á las órdenes de Madden,

Aun sin tales arrimos continuaban las tropas de Extremadura incomodando con mayor ó menor ventura al enemigo. Ya al retirarse Reynier le siguieron la huella los soldados de D. Carlos O'Donnell, cogieron á los que se rezagaban, y el 31 de Julio el jefe España se apoderó de 100 hombres que guardaban una torre y casa-fuerte sita en la confluencia del Almonte y Tajo, cerca de donde se divisan los famosos restos del puente romano de Alconétar, que el vulgo apellida de Mantible, nombre célebre en algunas historias españolas de caballería. Mas por este lado hubo la desgracia de que en Alburquerque, con la caída de un rayo, se volase casi al mismo tiempo que en Almeida un almacén de pólvora, accidente que causó daños y ruinas.

La guerra que hasta aquí había hecho el ejército de Extremadura no dejó de ser prudente y acomodada á las circunstancias y á la calidad de sus tropas, si bien se quejaban todos de la indolencia y dejadez del General en jefe. Y así, más bien que por premeditado plan de éste, dirigiéronse las operaciones segun el valor ó el buen sentido de los generales subalternos, los cuales evitaban grandes choques, y sólo parcialmente hostigaban al enemigo y le traian en continuo movimiento. Quiso Romana en Agosto probar por sí fortuna, y dar á la campaña nuevo impulso y mayor ensanche. En consecuencia, saliendo de Badajoz el 5, se unió á las divisiones de los generales Ballesteros y La Carrera, que se hallaban en Salvatierra, ambas á las órdenes de D. Gabriel de Mendizábal, y juntos se adelantaron, recogíendose atras á Llerena los franceses que ha-

bla en Zafra. Aguardaron éstos en las alturas de Villagarcía, y los nuestros se colocaron en las de Cantaelgallo, separadas de las primeras por un valle. Los enemigos atacaron el 11, y valiéndose de diestras manio-bras, estuvieron próximos á envolver á los infantes españoles, si La Carrera, con la caballería, no los hubiera sacado de tan mal paso. Portóse asimismo con habilidad y honra la artillería. Se retiró Romana á Almendralejo, y los franceses volvieron á Zafra.

No pasaron por entónces más adelante, porque como en aquella guerra tenían á un tiempo que acudir á tantas partes, luégo que en una triunfaban, los llamaba á otra algun suceso desagradable ó inesperado. Verificóse, particularmente en Extremadura, este trasiego, esto continuado ir y venir, distrayendo la atencion de las tropas de Mortier, ya las ocurrencias del condado de Niebla, ya las de Ronda ú otros lugares.

Despues de lo que aconteció en Cantaelgallo fueron reforzadas las tropas españolas con los jinetes del general Butron, que ocupaban otros sitios, y con los portugueses ya indicados, al mando de Madden. Quietos los franceses, y aún replegados de nuevo, avanzó Butron á Monasterio, y se colocó La Carrera, con su division de caballería y la artillería volante, en Fuente de Cantos. Vinieron los enemigos sobre ellos el 15 de Setiembre, en número de 13.000 infantes y 1.800 caballos. Butron se incorporó á Carrera y ambos pelearon bien, hasta que oprimidos por la superioridad enemiga, empezaron á retirarse. Los franceses tenían oculta parte de su tropa casi á espaldas de los nuestros, y cargando de improviso, introdujeron desórden y se apoderaron de algunos cañones. Mayor hubiera sido la desgracia de los españoles á no haber acudido pronto en su favor el inglés Madden, apostado con los portugueses en Calzadilla, quien contuvo á los jinetes franceses y aún los escarmentó. El general Butron tambien despues, en Azuaga, les cogió 100 hombres. Paráronse los nuestros en Almendralejo, y los enemigos no pasaron de Zafra y de los Santos de Maimona.

Prosiguió de este modo la guerra sin ningun considerable empeño, y Romana, saliendo, como hemos dicho, para Lisboa, se juntó en Octubre con el ejército inglés. Determinacion que tomó de propia autoridad, y no de acuerdo con el Gobierno supremo. Cierta es que no hubiera obtenido Romana la aprobacion de aquél á haberle consultado, pues claro era que las tropas que llevó consigo hacian más falta para cubrir la Extremadura española, y aún para impedir la entrada de los franceses en el Alentejo, que en las lineas de Torres-Vedras, abundantemente provistas de gente y de medios de defensa. Antes de partir nombró Romana, para que le re-

emplazase en el mando en jefe, á D. Gabriel de Mendizábal, puso á Badajoz como si estuviera amagado de sitio, y mandó que la Junta y demas autoridades se trasladasen á Valencia de Alcántara.

Tenía inmediata correlacion con las operaciones del ejército de Extremadura la guerra que se hacia en el condado de Niebla, en la serranía de Ronda y en otros lugares de la Andalucía.

Se daba desde Cádiz pábulo á semejante lucha por medio de auxilios y de algunas expediciones marítimas. Hízose á la vela la primera de éstas el 17 de Junio, compuesta de 3.189 hombres de buenas tropas, á las órdenes del general D. Luis Lacy, y dirigió su rumbo á Algeciras, en donde desembarcó. Tenía por objeto dicha empresa fomentar la insurreccion de la serranía de Ronda, adoptando un plan que constantemente mantuviese allí la guerra. El que proponia Lacy, siguiendo en parte los pensamientos del general Serrano Valdenebro, comandante de la sierra, se presentaba como el más adecuado, y consistia en establecer de mar á mar, quedando Gibraltar á la espalda, una línea de puntos fortificados que abrigasen respectivamente ambos flancos cuando se obrase ya en uno ó ya en otro de ellos. Se habilitaban tambien en lo interior de la sierra varios castillejos, antiguos vestigios de los moros, colocados los más en parajes casi inaccesibles. El ejército habia de obrar, no en masa, sino en trozos, reuniéndose sólo en determinadas ocasiones, y se dejaba á cargo del paisanaje guarnecer los castillos, y suplir con reclutas las bajas del ejército en Cádiz. Mas para realizar este plan necesitábase tiempo, y no era posible que los franceses se descuidasen y permitiesen el que se llevára á efecto.

Lacy, luégo que hubo desembarcado, se encaminó á Gausin, desde donde quiso acercarse á Ronda. En esta ciudad se habian los franceses fortalecido en el antiguo castillo y formado varios atrincheramientos: tomar uno y otro á viva fuerza no era maniobra fácil ni pronta, principalmente conservando los enemigos en Grazalema una columna móvil.

Limitóse, pues, Lacy á hacer algunos movimientos y á contener á veces los ímpetus del enemigo. Le ayudaban los partidarios, favorecidos del conocimiento que tenian del terreno, siendo los de más nombre D. José de Aguilar, D. Juan Becerra y don José Valdivia. Tambien los ingleses, de acuerdo con el general español, enviaron al este de la sierra 800 hombres, que sirviesen de apoyo en cualquiera desman.

Inquietos los franceses con la expedicion, y persuadidos de que si se mantenía firme en los montes de Ronda, desasosegaría continuamente las fuerzas que sitiaban á Cádiz, y áun las de Sevilla y Málaga, diéronse

priesa á frustrar tales intentos. Y así, al paso que el general Girard buscaba á Lacy hácia el frente, destacó el mariscal Victor tropas del primer cuerpo por el lado de Poniente, y Sebastiani otras del cuarto por el de Levante. De manera que temeroso D. Luis Lacy de ser envuelto, se trasladó á la fuerte posicion de Casares, embarcándose despues en Estepona y Marbella. Tomó á poco tierra en Algeciras, y tornando á San Roque, se corrió otra vez á la banda de Marbella, á fin de alentar y socorrer la guarnicion de aquel castillo, que, bajo el mando de D. Rafael Cevallos Escalera, burló diversas tentativas que para ocuparle hizo el enemigo. Don Francisco Javier Abadía, comandante de San Roque, aunque asistido de escasa fuerza, cooperó igualmente á los movimientos de Lacy, y llamó por Algeciras la atencion de los franceses.

Pero al fin, agolpándose éstos en gran número á la sierra, se reembarcó la expedicion, y regresó á Cádiz el 22 de Julio. No se sacó de ella más ventajas que la de molestar á los enemigos y divertirlos de otras operaciones, particularmente de las que intentaban en Extremadura, tan conexas con las de Portugal. Poca ó mala inteligencia entre las tropas de línea y los paisanos desfavoreció la empresa. Para aquéllas había oscura gloria y mucho trabajo en la guerra de partidarios, única que convenía en la sierra; no así para los otros, habituados á tales peleas, y cuya ambicion de fama estaba satisfecha con que se pregonasen sus hazañas en el egido de sus pueblos.

Ni un mes se pasó sin que el mismo D. Luis Lacy, con otra expedicion, saliese de Cádiz, llevando rumbo opuesto al anterior de Ronda, esto es, al condado de Niebla. En dicha comarca proseguía el general Copons entreteniendole al enemigo, que, bajo el mando del Duque de Aremberg, hacia con una columna móvil excursiones en el país y le molestaba.

La Junta de Sevilla contribuía desde Ayamonte al buen éxito de las operaciones de Copons, y oportunamente formó de la isla llamada Canela, en el Guadiana, un lugar de depósito, resguardado de los ataques repentinos del enemigo. En breve aquel terreno, ántes arenoso y desierto, se convirtió en una poblacion donde se albergaron muchas familias, refugiándose á veces los habitantes de aldeas enteras y villas invadidas. Construyéronse allí barracas, almacenes, pozos, hornos, y se fabricaron en sus talleres monturas, cartuchos y otros pertrechos de guerra. Al fin fortificáronse tambien sus avenidas, de manera que se hizo el punto casi inexpugnable.

Constaba la expedicion de Lacy de unos 3.000 hombres, y escoltábala fuerza sutil, española é inglesa, al mando, la primera de D. Francis-

co Maurelle, y la segunda al del capitán Jorge Cockburn. Desembarcó la gente el 23 de Agosto, á dos leguas de la barra de Huelva, entre las Torres del Oro y de la Arenilla. La fuerza sutil se metió por la ria que forman á su embocadero las corrientes del Odiel y el Tinto, con propósito de ayudar la evolucion de tierra y atacar por agua á Moguer. En este sitio tenian los franceses 500 infantes y 100 caballos, que, sorprendidos, se retiraron, no asistiendo mayor dicha á otros tantos que corrieron á su socorro de San Juan del Puerto.

Copons, al desembarcar Lacy, se hallaba en Castillejos, doce leguas distante, y habiéndose, por desgracia, retardado el pliego que le anunciaba el arribo, no pudo acudir á la costa con la puntualidad deseada, malográndose así el coger entre dos fuegos á los franceses que estaban avanzados. Vino Copons, sin embargo, á Niebla, y se puso luégo en comunicacion con Lacy. Los pueblos recibieron á éste con el júbilo más colmado, y fiados en su apoyo, dieron á los enemigos terrible caza. Pero no teniendo otra mira la expedicion de D. Luis Lacy sino la de divertir al frances de Extremadura en tanto que el ejército de Romana tambien por su lado se movía, miré aquel general como concluido su encargo luégo que le amenazaron superiores fuerzas, y de consiguiente se reembarcó el 26 del mismo Agosto. Desagradó en el condado lo rápido de la excursion, y muchos pensaron que, sin comprometer su gente, hubiera podido Lacy permanecer allí más tiempo, y maniobrar en union con el general Copons. Desamparados los pueblos, padecieron nuevas molestias del enemigo, en especial Moguer, que se había declarado y tomado parte desembozadamente. Quiso en seguida Lacy acometer á Sanlúcar de Barrameda, pero los franceses, ya sobre aviso, frustráronle el proyecto.

De vuelta á Cádiz el mismo general, estimulado por el Gobierno y de acuerdo con él y los otros jefes, verificó el 29 de Setiembre una salida camino del puente de Suazo, consiguiendo con ella destruir algunas obras del enemigo, siendo ésta la sola operacion digna de mentarse que hasta finalizar el presente año de 1810 practicaron en la isla gaditana las tropas de tierra.

Pudieron las de mar haber tenido ocasion de señalarse, á no estorbárselo tiempos contrarios. El mariscal Soult, convencido de que para cualquiera empresa contra Cádiz y la isla de Leon, si habia de ser fructuosa, era indispensable fuerza sutil, ideó que se construyesen buques al caso en Sanlúcar y en Sevilla. Para ello valióse de barcos de aquellos puertos, ordenó una tala en los montes inmediatos, y recibió de Francia carpinteros, marinos y calafates. En Octubre, dispuesta ya una flotilla,

se trasladó en persona á Sanlúcar dicho mariscal á fin de presenciar desde la costa la dificultosa travesía que tenían que emprender los referidos buques desde la boca del Guadalquivir hasta lo interior de la bahía de Cádiz. Empezóse á poner en obra el proyecto en la noche del 31, pasando la flotilla por entre los bajos de punta Candor, y atracando siempre á la costa. Se componía en todo de unos veintiseis cañoneros: dos vararon, nueve se metieron la misma noche en el Puerto de Santa María, y los otros anclaron en Rota, de donde, aprovechando vientos frescos y favorables, se juntaron á los que habian ya entrado, sin que les hubiese sido dable impedirlo á las fuerzas de mar anglo-españolas. Pero de nada sirvió á los franceses suceso, en su entender, tan dichoso. En balde despues quisieron que su flotilla doblase la punta del Trocadero, en balde trasladaron por tierra los barcos á Puerto Real. Durante el sitio ya no se menearon de allí, obligándolos á permanecer quedos las superiores y mejor marineras fuerzas de los aliados.

No por esa dejaron los franceses de perfeccionar las obras de tierra, y de establecer una cadena de fuertes, que se dilatava desde la entrada de la bahía hasta Chiclana, por cuya parte, y en una batería inmediata al cerro de Santa Ana, perdieron, muerto de una granada, al distinguido general de artillería Senarmont.

Los aliados tampoco se mantuvieron ociosos. Mejoraron cada vez más las fortificaciones, y las tropas se engrosaron y adquirieron buena disciplina. De las inglesas se contaron en Julio 8.500 hombres; volviéronse á reducir á 5.000 por los refuerzos que se enviaron á Portugal; mas á antes de fines de año crecieron otra vez á 7.000 con gente que llegó de Sicilia y Gibraltar. Las tropas españolas de línea pasaban de 18.000 hombres. Don Joaquin Blake continuó á su cabeza hasta 23 de Julio, en cuyo tiempo se transfirió á Murcia, extendiéndose su mando, conforme apuntamos, á las divisiones existentes en aquel reino, las cualas formaban con las de la isla de Leon el ejército llamado del centro.

Llegado que hubo el general Blake á su nuevo destino, restableció la paz y armonía, que andaba escasa entre algunos jefes. El ejército se había aumentado á punto que poco ántes enviára á Cádiz una division de 4.000 hombres, al mando del general Vigodet. Blake llegó el 2 de Agosto, y la fuerza disponible era de unos 14.000 soldados, 2.000 de caballería.

Al rededor de este ejército revoloteaban, por decirlo así, muchos partidarios, en especial del lado de Jaen y de Granada. Entre los primeros sobresalían los nombrados Uribe, Alcalde y Moreno, puestos á las

órdenes del comandante Bielsa; entre los otros el coronel D. José de Villalobos.

Cuando Blake se incorporó al ejército, se hallaba éste repartido en Murcia, Elche, Alicante, Cartagena y pueblos de los contornos; algunos batallones estaban destacados en la Mancha, sierra de Segura y frontera de Granada, en donde permanecía la caballería, extendiéndose hasta cerca de Huéscar.

Fijó la idea de Blake la atención de los franceses, y desde luego resolvió Sebastiani hacer otra excursión la vuelta de Murcia, lisonjeándose que de ella saldría tan airoso como la vez primera, y aún también de que disiparía como humo el ejército de los españoles.

Informado Blake de los intentos del enemigo, preparóse á recibirle. Agrupó sucesivamente en la huerta de Murcia sus tropas, y las colocó de esta manera: la quinta división, al mando del brigadier Creagh, ocupó la derecha en Añora; detrás guarnecía un batallón el monasterio de jerónimos, teniendo apostaderos por la izquierda hasta el río; delante se plantaron cuatro piezas de artillería. Alojábase la izquierda del ejército en el lugar de Don Juan, y la componía la tercera división, del cargo del brigadier Sanz, teniendo un destacamento por su siniestro costado. Enlazábase esta posición con la del centro por medio de un molino aspillero, y de una batería circular, colocada en donde una de las acequias mayores se distribuye en dos atajeas. Dicho centro, que cubría la primera división, al mando del general Elío, estaba cerca de Alcantarilla, en la Puebla.

Dispúsose además la inundación de la huerta; medio oportuno, pero no del todo hacedero, ya por no ser nunca, y ménos en aquella estación, muy caudaloso el Segura, ya también porque aún en caso de una rápida avenida, las obras allí practicadas estando en términos que sólo sirven para sangrar el río, y no para favorecer estragos; como construidas con el único objeto de dar á los campos el necesario y fecundante beneficio del riego. Sin embargo, se inundaron los caminos y una faja de bancales por la orilla, amparando lo demás de la huerta sus naranjos y sus cidros, sus limoneros y moreras; en fin, toda su intrincada y lozana frondosidad.

Signióse en esto y en lo de armar al paisanaje la conducta del obispo D. Luis Belluga en la guerra de sucesión. Ahora, como entónces, acudieron todos los partidos, hasta el de Orihuela, aunque perteneciente á Valencia, y se distribuyeron en compañías y secciones, incorporándose al ejército. Manifestaron los paisanos grande entusiasmo y mucha docilidad; perfecta armonía reinó entre ellos y los soldados. Blake, declaran-

do á Murcia amenazada de inmediato ataque, la sometió al solo y puro gobierno militar; providencia que las autoridades respetaron, y que en aquel lance obedecieron con gusto.

En el intermedio se habia ido acercando el general Sebastiani, y echándose atras nuestra caballería, á las órdenes de D. Manuel Freire, que sustentó con destreza varios reencuentros. Segun los enemigos se aproximaban, daban aviso de todos sus pasos al general Blake los alcaldes de los pueblos y muchos particulares con rara puntualidad, llegando á su colmo la diligencia de todos. Los franceses aparecieron el 28 de Agosto en Lebrilla, á cuatro leguas de Murcia, y nuestros jinetes se situaron en Espinardo, con puestos avanzados sobre el rio Segura. El partidario Villalobos, que habia acompañado á Freire, se colocó en Molina.

Luégo que el general Sebastiani llegó á Lebrilla hizo varios reconocimientos; y arreado del modo con que los nuestros lo aguardaban, se apartó del intento de penetrar en Murcia, y en la noche del 29 al 30 se replegó á Totana. Hostilizáronle en la retirada los paisanos, particularmente los de Lorca, y en esta ciudad y en otros pueblos cometió el frances mil tropelías. Bien le vino á éste no insistir en la empresa proyectada, pues á haber padecido descalabro, como era probable, en los laberintos de la huerta de Murcia, toda su gente hubiera sido muy maltratada, ya por los habitantes de este reino, ya por los de Granada, cuyos ánimos se encrepaban, acechando la ocasion de escarmentar á sus opresores. Haberse expuesto á tal riesgo, y cansado inútilmente la tropa con marchas y contramarchas de más de cien leguas en estacion tan calorosa, fueron los frutos que reportó Sebastiani de una expedicion que de antemano habia pregonado como fácil.

Entre los que empezaron en el reino de Granada á levantar cabeza durante la ausencia del general frances, señalóse el alcalde de Otívar, de nombre Fernandez, quien entró en Almuñécar y Motril, y áun se apoderó de sus castillos. Estas y otras empresas, que propagaron la llama de la insurreccion por las sierras y por varios pueblos de la costa, á pesar de algunos amigos y parciales que tuvieron allí los enemigos, impulsó á los ingleses á dar cierto apoyo á aquellos movimientos. Decidiéronse sobre todo á atacar á Málaga, guarida entónces de corsarios, y en cuyo puerto tambien fondeaba una flotilla enemiga de lanchas cañoneras. Al efecto se preparó en Ceuta una expedicion de 2.500 hombres españoles é ingleses, á las órdenes de lord Blayney, la cual dió la vela el 13 de Octubre con direccion á Fuengirola. Empezaron luégo los aliados á embestir este castillo, guarnecido por 150 polacos, con esperanza de que así

llamarían hácia aquel punto las fuerzas enemigas, y podrían, reembarcándose, caer repentinamente sobre Málaga, que se vería desprovista de gente. Pero, dándose lord Blayney torpe maña, en vez de sorprender á sus contrarios, él fué, por decirlo así, el sorprendido, acometiéndole de improviso el general Sebastiani con 5.000 hombres. Al querer retirarse, fué dicho lord cogido prisionero, y las tropas inglesas volvieron en confusion á sus barcos; sólo un regimiento español, el Imperial de Toledo, único de los nuestros que *allí* iba, tornó á bordo sin pérdida y en buena ordenanza.

El ruido de semejantes acontecimientos, y el deseo de ensanchar los límites de su territorio, estimularon al general Blake á avanzar á la frontera de Granada, habiéndose ocupado todo aquel tiempo, desde Agosto, en mejorar la disciplina de su ejército y en adiestrarle, como igualmente en asegurar sus estancias en Murcia. Envió asimismo á la Mancha, con un trozo de 300 caballos, á D. Vicente Osorio, queriendo extraer granos de aquella provincia para la manutencion de su ejército. Las partidas, si bien fomentadas por Blake en todas partes, fuéronlo en especial del lado de Jaen, en donde don Antonio Calveche sucedió á Bielsa en el mando de ellas. Mas los enemigos, persiguiendo de cerca al nuevo jefe, despues de haber quemado casi toda la villa de Segura, le mataron el 24 de Octubre en Villacarrillo.

Don Joaquin Blake, reuniendo sus tropas, distribuidas por la mayor parte, sin contar las de las plazas, en Murcia, Caravaca y Lorca, se puso el 2 de Noviembre sobre Cúllar; movimiento hecho á las calladas, y del que los franceses estaban ignorantes. Dejó Blake 2.000 hombres en dicho Cúllar, y á las doce de la mañana del 3 se colocó con 7.000, de los que unos 1.000 eran de caballería, en las lomas que dominan la hoya de Baza, y que lame el rio Guadalquivon.

Los enemigos tenían en el llano una division de caballería, que acaudillaba el general *Milhaud*, asistida de artillería volante: ademas habian situado de 2 á 3.000 infantes en las inmediaciones de la ciudad, bajo la guía del general Rey. No acudió allí Sebastiani hasta despues de concluida la accion que ahora iba á trabarse.

Empezó ésta á las dos de la tarde, desembocando la caballería española, á las órdenes de D. Manuel Freire, por el camino real que de Cúllar va á Baza. Nuestros jinetes tiraron por la derecha, y formaron en batalla en dos líneas, sosteniendo sus costados artillería y guerrillas de fusileros. Los enemigos cieron hácia sus peones, y entónces el general Blake, dejando apostados en las lomas la mitad de sus infantes, se ade-

lantó, con los otros y tres piezas, en cuatro columnas cerradas, repartidas en ambos lados del camino.

Nuestros caballos proseguian confiadamente su marcha; mas al querer efectuar un movimiento, se embarazaron algunos, y el enemigo, descargando sobre ellos con impetuoso arranque, los desordenó lastimosamente. Tras su ruina vino la de los infantes, que habian avanzado, y sólo consiguieron unos y otros rehacerse al abrigo de las tropas que habian quedado en las lomas. El enemigo no persistió mucho en el alcance. Quedaron en el campo cinco piezas, y se perdieron, entre muertos, heridos y prisioneros, 1.000 hombres. De los franceses muy pocos.

Descalabro fué el de Baza, que causó desmayo, y contuvo, en cierto modo, el vuelo de la insurreccion de aquellas comarcas. Adverso era, en esto de batallar, el hado de D. Joaquin Blake, y vituperable su empeño en buscar las acciones que fuesen campales antes que limitarse á parciales sorpresas y hostigamientos. No permaneció despues largo espacio al frente de aquel ejército, llamado á desempeñar cargo de mayor alteza.

Por lo demas, y en medio de reveses y contratiempos, la tenacidad española, la serie innumerable de combates en tantos puntos y á la vez fatigaban á los franceses, y su ejército de las Andalucías no gozó en todo el año de 1810 de mucha mayor ventura que la que tenian los de las otras provincias. Y si bien ordenadas batallas no menguaban extremadamente las filas enemigas, aniquilábanse aquí, como en lo demas del reino, en marchas y contramarchas y en apostaderos y guerra de montaña.

Del lado de Levante las provincias de Valencia, Cataluña y lo que estaba libre de la de Aragon hubieran, obrando unidas, entorpecido muy mucho los intentos del enemigo, siendo entre ellas tanto más necesaria buena hermandad, cuanto para sojuzgarlas estaban de concierto el tercero y el primer cuerpo frances. Pero la multiplicidad de autoridades, su diversa condicion, los obstáculos mismos que nacia de la naturaleza de la actual guerra estorbaban completa concordia y adecuada combinacion. Por fortuna, los caudillos enemigos, aunque no ménos interesados en aunarse, y aquí más que en otras partes, á duras penas lo conseguian, no ya por las rivalidades personales que á veces se suscitaban, sino principalmente por lo dificultoso de acudir al cumplimiento de un plan convenido.

En Valencia D. José Caro, más bien que en la guerra, pensaba en ir adelante con sus desafueros. Dejó que se perdiesen Lérida, Mequinenza y hasta el castillo de Morella, sin dar señales de oponerse al enemi-

go ni siquiera de distraerle. Al fin, viendo Caro que se aproximaban los franceses y que la voz pública se acedaba contra tan culpable abandono, mandó á D. Juan Odonojú, prisionero en la batalla de María, y ahora libre, que se adelantase con 4.000 hombres. El 24 de Junio arrojaron éstos de Villabona á los enemigos, que se abrigaron á Morella, delante de cuyo pueblo se trabó el 25 un choque muy vivo, retirándose despues los nuestros, en vista de haberse reforzado los contrarios. Por segunda vez avanzó en Julio el mismo Odonojú, y áun llegó el 16 á intimar la rendicion al castillo de Morella; pero, revolviendo sobre él prontamente el general Mont-Marie, le obligó á alejarse y causóle en Albocaser un descalabro.

No habia D. José Caro tomado parte personalmente en ninguna de semejantes refriegas, hasta que en Agosto, pidiendo su cooperacion el general de Cataluña para aliviar á Tortosa, amenazada de sitio, se movió aquél por la costa lentamente y más tarde de lo que conviniera. Llevó consigo 10.000 hombres de línea y otros tantos paisanos, y se situó en Benicarló y San Mateo. El general Suchet vino por Cali á su encuentro con 10 batallones y tambien con artillería y caballería. Caro no le aguardó, replegándose, despues de ligeras escaramuzas, á Alcalá de Gisbert, y de allí el 16 de Agosto á Castellon de la Plana y Murviedro. No retrocedió en desórden el ejército valenciano, si bien su jefe, D. José Caro, dió el triste y criminal ejemplo de ser de los primeros y áun de los pocos que desaparecieron del campo. Zahirióle por ello agriamente su hermano D. Juan, hombre ligero, pero arrojado, de quien hablamos allá en Cataluña.

Con la conducta que en esta ocasion mostró el general de Valencia se acreció el ódio contra su persona, y lo que áun es peor, menospreciósele en gran manera. Se descubrieron asimismo tramas que urdia y proscripciones que intentaba, propalándose en el público sus proyectos con tintas que entenebrecian el cuadro. Temeroso, por tanto, se escabulló disfrazado de fraile (traje harto extraño para un general), y pasó luégo á Mallorca, sin cuya precaucion hubiera tal vez sido blanco de las iras del pueblo.

Sucedióle inmediatamente en el mando D. Luis de Bassecourt, que estaba á la cabeza de una division volante en Cuenca; hombre que, si bien alabancioso al dar sus partes y no de grande capacidad, aventajábase en valor y otras prendas á su antecesor, procurando tambien con mayor ahinco acordar sus operaciones con los generales de los demas distritos, en especial con los de Aragon y Cataluña.

En este principado haciase la guerra con otra eficacia y obstinacion que en Valencia, merced al celo de su congreso y á la pronta diligencia y esmero de su general, D. Enrique O'Donnell. Luégo que en 17 de Julio estuvo reunida aquella corporacion, tomó várias resoluciones, algunas bastantemente acertadas. En la milicia acomodó los alistamientos á la índole de los naturales, imponiendo sólo la obligacion de un enganche de dos años, con facultad de gozar cada seis meses una licencia de quince dias. Sin embargo, los catalanes, tan dispuestos á pelear como somatenes, repugnaban á tal punto el servicio de tropa reglada, que tuvo su congreso que establecer comisiones militares para castigar á los desertores y aun á los distritos que no aprontasen su contingente. Recaudáronse con mayor regularidad los impuestos y se realizó, á pesar de lo exhausto que estaba ya el país, un empréstito de medio millon de duros. Aplicáronse á los hospitales los productos que antes percibia la curia romana, y ahora los obispos, por dispensas y otras gracias ó exenciones. El alma de muchas de estas providencias era el mismo D. Enrique O'Donnell, quien puso ademas particular conato en adestrar sus tropas, en inculcar en ellas emulacion y buen ánimo, y tambien en mejorar la instruccion de los oficiales.

Por su parte el mariscal Macdonald apenas podia ocuparse en otras operaciones que en las de avituallar á Barcelona: los convoyes de mar estaban interrumpidos, y los de tierra, escasos y lentos, tenian con frecuencia que repetirse y ser escoltados con la mayor parte del ejército, si no se queria que fuesen presa de los somatenes y de las tropas españolas. Macdonald trató en un principio de granjearse las voluntades de los habitantes, contrastando su porte con la ferocidad del mariscal Augereau, que había, por decirlo así, guarnecido las orillas de algunos caminos con patíbulos y cadáveres. Estaban los ánimos sobradamente lastimados de ambas partes para que pudiesen olvidarse antiguas y recíprocas ofensas. Así, no surtieron grande efecto las buenas intenciones, y aún medidas, del mariscal Macdonald, acabando él mismo por adoptar á veces resoluciones rigurosas.

En Junio, y poco despues de tomar el mando, acompañó, no sin tropiezos, un convoy á Barcelona. Volvió despues á Gerona y preparóse á conducir otro, en mediados de Junio, á la misma ciudad. O'Donnell trató de estorbarlo, y destacó á Granollers 6.500 infantes y 700 caballos, unidos á 2.500 paisanos, bajo las órdenes de D. Miguel Iranzo. Trabóse un reñido choque entre los nuestros y los franceses; pero miéntras tanto pasó á la deshilada el convoy y se metió en Barcelona.

Dolióse mucho O'Donnell del malogro de aquella empresa, y no faltó quien lo atribuyese á desmaño del general que en Granollers mandaba. El plan que O'Donnell había resuelto seguir en Cataluña pareció el más acertado. Evitando batallas generales, quería; por medio de columnas volantes, sorprender los destacamentos enemigos, interceptar ó molestar sus convoyes, y aniquilar así sucesivamente la fuerza de aquéllos. Por tanto, el ejército español de Cataluña, que, segun dijimos, constaba en Julio de unos 22.000 hombres, sin contar somatenes ni guerrilleros, estaba colocado, al principiar Agosto, del modo siguiente: la primera division ocupaba las orillas del Llobregat y observaba á Barcelona, estando tambien fortificada la montaña de Monserrat; la segunda acampaba en Falset, y no perdía de vista á Suchet, que, como poco hace apuntamos, intentaba sitiar á Tortosa; parte de la tercera cubria en Esterri las avenidas del valle de Aran; la reserva, distribuida en dos trozos, mantenía uno en el Coll de Alba, próximo á Tortosa, y el otro en Arbeca y Borjas Blancas, para enfrenar la guarnicion de Lérida. Un cuerpo de húsares y tropas ligeras se alojaban en Olot y acechaban las comarcas de Besalú y Bañolas; varios guerrilleros recorrían la demas tierra, aprovechándose todos de las ocasiones que se presentaban para desvanecer los intentos del enemigo é incomodarle continuamente. El cuartel general permanecía en Tarragona, desde donde O'Donnell gobernaba las maniobras más notables, tomando á vecesen ellas parte muy principal. Con esta distribucion creyó el General de Cataluña que, vigilando las plazas y puntos más señalados, llevaría á cumplido efecto su plan, y que el ejército frances se rehundiría poco á poco en combates parciales.

Si en todo no se llenaron los deseos de D. Enrique O'Donnell, se lograron en parte. El mariscal Macdonald, afanado siempre con el abastecimiento de Barcelona, no pudo, desde el segundo convoy que metió allí en Julio, pensar en cosa importante, sino en preparar otro tercero, que consiguió introducir el 12 de Agosto. Entónces, más libre, resolvió, aunque todavía en balde, favorecer directamente las operaciones del mariscal Suchet.

No desistía este general del indicado propósito de sitiar á Tortosa, lo que dió ocasion á varios combates y reencuentros, algunos ya referidos, con las tropas españolas de Cataluña, Aragon y Valencia, que precedieron á la formalizacion del cerco, ligándose de parte de los franceses las más de las operaciones, aún las lejanas de aquel principado, con tan primario objeto, por lo que á una, y en el mejor órden que nos sea posible, si bien brevemente, darémos de ellas cuenta.

Suchet, para emprender el sitio, estableció en Mequinenza un depósito de municiones de guerra y boca; transportarlas de allí á Tolosa era grande dificultad. Ofrecia el Ebro comunicacion por agua; pero, interrumpida en partes con várias cejas ó bajos, sólo se podian éstos salvar en las crecidas, y rara vez en los tiempos secos del estío. Del lado de tierra era áun más trabajoso y áun impracticable el tránsito, encallejándose los caminos que van desde Caspe á Mequinenza entre montañas cada vez más escarpadas, segun avanzan á Mora, Las Armas, Jerta y Tortosa, por lo que ya en 21 de Julio empezaron los franceses á componer uno antiguo de ruedas, cuyos rastros, al parecer, se conservaban del tiempo de la guerra de sucesion. Suchet, ántes de que la ruta se concluyese, fué arrimando fuerzas á la plaza.

En los primeros días de Julio la division que mandaba el general Habert dirigióse, partiendo de cerca de Lérida, por la izquierda del Ebro, y llegó á García, estando pronta á caer sobre Tivenys y Tortosa. Poco ántes salió de Alcañiz la division de Laval, y despues de haberse movido la vuelta de Valencia, retrocedió, y se colocó el 3 de Julio á la derecha del Ebro, delante del puente de Tortosa, prolongando su derecha á Amposta y destacando tropas que observasen el Cenja; siendo esta division, ó parte de ella, la que tuvo que habérselas con los valencianos en los combates parciales acaecidos allí por este tiempo, y ya relatados. Suchet mantuvo á su lado la brigada del general Paris, y sentó el 7 sus reales en Mora, dándose la mano con los dos generales Laval y Habert, y echando, para la comunicacion de ambas orillas del Ebro, dos puentes, sin que sus soldados consiguiesen, como lo intentaron, quemar el de barcas de Tortosa.

La guarnicion de esta plaza hizo desde el principio várias salidas, é incomodó á Laval, que se atrincheraba en su campo. Igualmente parte de la division española que se alojaba en Falset atacó con vigor los puestos enemigos en Tivisa, y el 15 toda ella, teniendo al frente al Marqués de Campoverde, rechazó una acometida de los enemigos y áun siguió el alcance.

Eran tales maniobras precursoras de otras que ideaba O'Donnell, quien el 29 acometió en persona al general Habert. No pudo el español desalojar de Tivisa á su contrario, mas el 1.º de Agosto se metió en Tortosa y dispuso para el 3 una salida contra Laval. La mandaba D. Isidoro Uriarte, y embistiendo los nuestros intrépidamente al enemigo, le rechazaron al principio y destruyeron várias de sus obras. La poblacion sirvió de mucho, pues llena de entusiasmo, auxiliaba á los combatientes, áun

en los parajes en que habia peligro, con abundantes refrescos, y aliviaba á los heridos con prontos y acomodados socorros. Reforzados al cabo los franceses, tuvieron los españoles que recogerse á la plaza, dejando algunos prisioneros, entre ellos al coronel D. José María Torrijos. Semejantes operaciones hubieran sido más cumplidas si D. José Caro, con quien se contaba, no hubiera por su parte procedido, segun hemos visto, tarde y malamente.

Tambien D. Enrique O'Donnell se vio obligado á retroceder en breve á Tarragona, adonde le llamaban otros cuidados. El mariscal Macdonald, despues de haber introducido en Barcelona el convoy mencionado de Agosto, se adelantó via de Tarragona, ya para cercar, si podia esta plaza, ya para coadyuvar, en caso contrario al asedio de Tortosa. Desistió de lo primero, falta de almacenes, y escasos los granos en aquella comarca, recogidos de antemano por O'Donnell. Éste, ademas, se apostó de suerte, que guarecido de ser atacado con buen éxito, trató de reducir á hambre el cuerpo de Macdonald, situado desde el 18 de Agosto en Reus y sus contornos. Frustrósele el 21 al mariscal frances un reconocimiento que tentó del lado de Tarragona, escarmentándole los nuestros en la altura de la Canonja. Para evitar mayor desastre, retiróse Macdonald el 25 de Reus, pidiendo ántes la exorbitante contribucion de 136.000 duros, é imponiendo otra, tambien muy pesada, sobre géneros ingleses y ultramarinos.

El camino que tomó fué el de Lérida, para abocarse en esta ciudad con el general Suchet, y desde Alcover, dirigiéndose á Montblanch, pasaron sus tropas por el estrecho de la Riva. Aquí las detuvo por su frente la division que mandaba el brigadier Georget, que de antemano habia dispuesto O'Donnell viniese de hácia Urgel, en donde estaba. Al mismo tiempo D. Pedro Sarsfield las atacó por flanco y retaguardia en las alturas de Picamuxons y Coll de las Molas, maniobrando á la izquierda várias partidas. Los enemigos, con tan impensado ataque y las asperezas del camino, se vieron muy comprometidos; pero siendo numerosas sus fuerzas, alcanzaron, por último, forzar el paso y ganar las cumbres, ayudándoles mucho una salida que hizo, á espaldas de Georget, la guarnicion de Lérida. Con todo, perdieron los franceses unos 400 hombres, entre muertos y heridos, y 150 prisioneros.

Llegado á Lérida el mariscal Macdonald, se avistó el 29 con el general Suchet, que ya le aguardaba. Convinieron ambos en limitar ahora sus operaciones al sitio de Tortosa, emprendiéndole el último por sí y con sus propios medios, al paso que el primero debia protegerle, con tal

que tuviese víveres, los que le suministró Suchet en cuanto le fué dable. Entónces creyó éste que podría obrar activamente y apoderarse en breve de Tortosa, sobre todo habiendo empezado á acercarse á la plaza, favorecido de una crecida del Ebro, piezas de grueso calibre. Pero sus esperanzas no estaban todavía próximas á realizarse.

El ejército frances de Cataluña continuó siempre escaso de granos y embarazado para menearse, á pesar de los grandes esfuerzos de Suchet y de Macdonald, pues las partidas, la oposicion de los pueblos, la cuidadosa diligencia de O'Donnell y sus movimientos desbarataban ó detenían los planes más bien combinados. Se colocó, en los primeros días de Setiembre, en Cervera el mariscal Macdonald, y el general español vislumbró desde luégo que su enemigo tomaba aquellas estancias para cubrir las operaciones de Suchet, amenazar por retaguardia la línea del Llobregat, y enseñorearse de considerable extension de país, que le facilitase subsistencias. Prontamente determinó O'Donnell suscitar al frances nuevos estorbos, continuando en su primer propósito de esquivar batallas campales.

Nada le pareció, para conseguirlo, tan oportuno como atacar los puestos que el enemigo tenía á retaguardia, cuyos soldados se juzgaban seguros, fuera del alcance del ejército español, y bastante fuertes y bien situados para resistir á las partidas. O'Donnell, firme en su resolucion, ordenó que se embarcasen en Tarragona pertrechos, artillería y algunas tropas, yendo todo convoyado por cuatro faluchos y dos fragatas, una inglesa y otra española. Partió él en persona, el 6 de Setiembre, por tierra, poniéndose en Villafranca al frente de la division de Campoverde, que de intento había mandado venir allí. En seguida dirigióse hácia Esparraguera, colocó fuerzas que observasen al mariscal Macdonald, y otras que atendiesen á Barcelona, y uniendo á su tropa la caballería de la division de Georget, prosiguió su ruta por San Cugat, Mataró y Pineda. Salió de aquí el 12, envió por la costa á D. Honorato de Fleyres con dos batallones y 60 caballos, y él se encaminó á Tordera. Marchó Fleyres contra Palamós y San Feliu de Guixols, y O'Donnell, despues de enviar exploradores hácia Hostalrich y Gerona, avanzó á Vidreras. Para obrar con rapidez, tomó el último consigo, al amanecer del 14, el regimiento de caballería de Numancia, 60 húsares y 100 infantes, que fueron tan de priesa, que las ocho horas de camino que se cuentan de Vidreras á La Bisbal las anduvieron en poco más de cuatro. Siguió detras y más despacio el regimiento de infantería de Iberia, situándose Campoverde, con lo demas de la division, en el valle de Aro, á manera de cuerpo de reserva.

Luégo que O'Donnell llegó enfrente de La Bisbal, ocupó todas las avenidas, y dióse tal maña, que no sólo cogió piquetes de coraceros que patrullaban y un cuerpo de 130 hombres que venía de socorro, sino que en la misma noche del 14 obligó á capitular al general Schwartz con toda su gente, que juntos se habían encerrado en un antiguo castillo del pueblo. Desgraciadamente, queriendo poco ántes reconocer por sí O'Donnell dicho fuerte, con objeto de quemar sus puertas, fué herido de gravedad en la pierna derecha, cuyo accidente enturbió la comun alegría.

Fleyres, afortunado en su empresa, se apoderó de San Feliu de Guixols, y el teniente coronel don Tadeo Aldea de Palamós, teniendo éste la gloria de haber subido el primero al asalto. Entre ambos puntos, el de La Bisbal y otros de la costa, tomaron los españoles 1.200 prisioneros, sin contar al general Schwartz y 60 oficiales, habiendo tambien cogido 17 piezas. Mereció más adelante D. Enrique O'Donnell, por expedicion tan bien dirigida y acabada, el título de conde de La Bisbal.

Posteriormente á este suceso creció la guerra contra los franceses en el norte de Cataluña. Don Juan Clarós los molestaba hácia Figueras, y el coronel D. Luis Creeft, con los húsares de San Narciso, por Besalú y Bañolas. Marchó á Puigcerdá el Marqués de Campoverde, acosó un trozo de enemigos hasta Montluis y exigió contribuciones en la misma Cerdaña francesa, de donde revolviendo sobre Calaf, estrechó de aquel lado al mariscal Maedonald, al paso que el brigadier Georget le observaba por Igualada.

El Baron de Eroles, que ya se había distinguido en el sitio de Gerona, se encargó, despues de Campoverde, del mando de los distritos del norte de Cataluña, bajo el título de comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdan. Empezó luégo á hacer grave daño á los enemigos, y al promediar de Octubre les apresó un convoy cerca de la Junquera, acometiéndolos el 21, con ventaja, en su campamento de Lladó.

El propio día, junto á Cardona, hizo asimismo frente el Marqués de Campoverde á las tropas del mariscal Macdonald. Vinieron éstas de hácia Solsona, cuya catedral habían quemado pocos días Antes, y encontrando resistencia, tornaron á sus anteriores puestos; con la noche tambien se recogieron los españoles á Cardona.

No eran decisivas, ni á veces de importancia, las más de dichas acciones ni otras refriegas que omitimos; pero con ellas embarazábanse los franceses y se retardaban sus operaciones, renovándose la escasez de víveres y creciendo la dificultad de su recoleccion; motivo por el que volvió Barcelona á dar á los enemigos fundados temores.

Dos meses eran ya corridos desde la entrada en la plaza del último socorro, y los apuros se reproducían en su recinto. Se esperaba el alivio de un convoy que partiera de Francia; mas como no bastaban para custodiarle las fuerzas que regía en el Ampurdán el general d'Hilliers, tuvo Macdonald que ir, en Noviembre, camino de Gerona para conducir salvo dicho convoy hasta la capital del principado.

Así el cerco de Tortosa, suspendido en los meses de Setiembre y Octubre, continuó del mismo modo durante el Noviembre. No había aquella interrupción perdida solamente de las razones que estorbaron al mariscal Macdonald cooperar á aquel objeto, según había ofrecido, sino también de los obstáculos que se presentaron al general Suchet, nacidos unos de la naturaleza, otros del hombre. Los primeros parecían vencidos con las lluvias del equinoccio, que empezaban á hinchar el Ebro, y con lo que se adelantaba en el camino de ruedas arriba indicado; no así los segundos, que llevaban trazas de crecer en lugar de allanarse.

Resueltos, sin embargo, los franceses á proseguir en su intento, habían tratado ya en Setiembre de enviar desde Mequinenza convoyes por agua, y de asegurar el tránsito haciendo el 17 pasar de Flix á la otra orilla del Ebro un batallón napolitano. El Barón de La Barre, que mandaba una división española en Falset (punto que los nuestros volvieron á ocupar luego que Macdonald, en Agosto, se dirigió á Lérida), destacó un trozo de gente, á las órdenes del teniente coronel Villa, contra el mencionado batallón, al cual este jefe sorprendió y cogió entero. Afortunadamente para los franceses, el convoy que debió partir retardó su salida, escaso todavía de agua el río Ebro, sin lo cual hubiera aquél tenido la misma suerte que los napolitanos. No sólo en éste, sino también en otros lances, prosiguió el Barón de La Barre incomodando al enemigo lo largo de aquella orilla.

Por la derecha desempeñaron igual faena los aragoneses. Gobernábalos en jefe, desde Agosto, don José María de Carvajal, á quien la Regencia de Cádiz había nombrado con objeto de que obedeciesen á una sola mano las diversas partidas y cuerpos que recorrían aquel reino. Pensamiento loable, pero cuya ejecución se encomendó á hombre de limitada capacidad. Carvajal paró sólo mientes en lo accesorio del mando, y descuidó lo más principal. Estableció en Teruel grande aparato de oficinas, con poca previsión de almacenes, y dió ostentosas proclamas. En vez de ayudar, embarazaba á los jefes subalternos, y mostrábase quisquilloso, con sus puntas de celos.

Importunaba, más que á los otros, á D. Pedro Villacampa, como

quien descollaba sobre todos. Este caudillo, sin embargo, continuando infatigable la guerra, cogió el 6 de Setiembre, en Andorra, un destacamento enemigo, y al siguiente día, en las Cuevas de Cañart, un convoy, con 136 soldados y 3 tres oficiales. El coronel Plicque, que lo mandaba, logró escaparse, achacándose á Carvajal la culpa por haber retenido léjos, so pretexto de revista, parte de las tropas. Desazonado Suchet con tales pérdidas, envió de Mora, para ahuyentar á Villacampa, alguna fuerza, á las órdenes del general Habert, que, reunido á los coroneles Plicque y Kliski, que estaban hácia Alcañiz, obligó al español á enmarañarse en las sierras.

Mas pasado un mes, volviendo Villacampa á avanzar, resolvió de nuevo Suchet que le atacasen sus tropas, y destacó á Klopicki del bloqueo de Tortosa, con siete ballones y 400 caballos. Villacampa retrocedió, y Carvajal evacuó á Teruel, donde entraron los franceses el 30. Siguiéron éstos de cerca á los españoles, y en la mañana siguiente alcanzaron su retaguardia más allá de la quebrada de Alventosa, y cogieron seis piezas, varios caballos y carros de municiones.

Klopicki creyó con esto haber dispersado del todo á los españoles; pero luégo se desengaño, quedando en pié la mayor parte de la fuerza del general Villacampa. Por lo mismo trató de aniquilarla, y se encontró con ella, aportada, el 12 do Noviembre, en las alturas inmediatas al santuario de la Fuensanta, espaldas de Villed. Don Pedro Villacampa tenía unos 3.000 hombres, manteniéndose Carvajal, con alguna gente, en Cuervo, á una legua del campo de batalla. La posicion española era fuerte, aunque algo prolongada, y la defendieron los nuestros dos horas porfiadamente, hasta que la izquierda fué envuelta y atropellada. Perecieron de los españoles unos 200 hombres, ahogándose bastantes en el Guadalaviar al cruzar el puente de Libros, que con el peso se hundió.

Klopicki tornó despues al sitio de Tortosa, y dejó á Kliski, con 1.200 hombres, para defender por aquella parte contra Villacampa la orilla derecha del Ebro.

Entre tanto, sosteniéndose altas con mayor constancia las aguas de este rio, apresuráronse los enemigos á trasportar lo que exigia el entero complemento del asedio de aquella plaza. Mas no lo ejecutaron sin tropiezos y contratiempos. El 3 de Noviembre diez y siete barcas partieron de Mequinenza, escoltadas con tropa francesa, que las seguía por las márgenes del Ebro; la rapidez de la corriente hizo que aquéllas tomasen la delantera. Aprovechóse de tal acaso el teniente coronel Villa, puesto en emboscada entro Fallo y Ribaroya, y atacando el convoy, cogió vá-

rias barcas, salvándose las otras al abrigo de refuerzos que acudieron. No les faltaron tampoco, ántes de llegar á su destino, nuevas refriegas. Lo mismo sucedió el 27 de Noviembre á otro convoy, con la diferencia que en este caso las barcas se habian retrasado, anticipándose las escoltas, y catalanes en acecho acometieron aquéllas, las hicieron varar, y cogieron 70 hombres de la guarnicion de Mequinenza, que habian salido á socorrerlas.

Como semejantes tentativas y correrías, ó eran proyectadas por la division española alojada en Falset, ó por lo ménos las apoyaba, habia ya determinado Suchet, tanto para escarmentarla, cuanto para facilitar la aproximacion del séptimo cuerpo, al que siempre aguardaba, atacar á los españoles en aquel puesto. Verificólo así el 19 de Noviembre por medio del general Habert, quien, no obstante una viva resistencia de los nuestros, regidos por el Baron de La Barre, se enseñoreó del campo y cogió 300 prisioneros, de cuyo número fué el general García Navarro, si bien luégo consiguió escaparse.

Don Luis de Bassecourt, por el lado de Valencia, tambien tentó molestar á los franceses, y áun divertirlos del sitio de Tortosa. En la noche del 25 de Noviembre partió de Peñíscola la vuelta de Uldecona con 8.000 infantes y 800 caballos, distribuidos en tres columnas: la del centro la mandaba el mismo Bassecourt; la de la derecha, que se dirigia camino de Alcanar, D. Antonio Porta, y la de la izquierda D. Melchor Álvarez. Al llegar el primero cerca de Uldecona, perdió tiempo aguardando á Porta; pero impaciente, ordenó al fin que avanzasen guerrillas de infantería y caballería, y que al oír cierta señal atacasen. Hízose así, sustentando Bassecourt la acometida por el centro con el grueso de los jinetes, y por los flancos con los peones. Hasta tercera vez insistieron los nuestros en su empeño, en cuya ocasion, no descubriéndose todavía ni á Porta ni á D. Melchor Álvarez, tuvieron que cejar con quebranto, en especial el escuadron de la Reina, cuyo coronel, D. José Velarde, quedó prisionero. Bassecourt se retiró por escalones y en bastante orden hasta Vinaroz, donde se le juntó don Antonio Porta. Los franceses vinieron luégo encima, habiendo juntado todas sus fuerzas el general Musnier, que los mandaba, con lo que los nuestros, ya desanimados, se dispersaron. Recogióse Bassecourt á Peñíscola, en donde se volvió á reunir su gente, y llegó noticia de haberse mantenido salva la izquierda, que capitaneaba D. Melchor Álvarez, ya que no acudiese con puntualidad al sitio que se le señalára. Corta fué de ambos lados la pérdida; los prisioneros, por el nuestro, bastantes, aunque despues se fugaron muchos. Aachacóse

en parte la culpa de esto descalabro á la lentitud de Porta; otros pensaron que Bassecourt no habia calculado convenientemente los tropiezos que en la marcha encontrarían las columnas de derecha é izquierda.

Al mismo tiempo que avanzó hácia Uldecona, dió la vela de Peñíscola una flotilla. con intento de atacar los puestos franceses de la Rápita y los Alfaques; mas, estando sobre aviso el general Harispe, que habia sucedido en el mando de la division á Laval, muerto de enfermedad, tomó sus precauciones y estorbó el desembarco.

Se acercaba, en tanto, el dia en que Macdonald, despues de largo esperar, ayudase de veras á la completa formalizacion del sitio de Tortosa. Permitióselo el haber podido meter en Barcelona el convoy que insinuamos fué á buscar via del Ampurdan. Aseguradas de este nodo por algun tiempo las subsistencias en dicha plaza, dejó en ella 6.000 hombres; 14.000 á las órdenes del general Baraguey d'Hilliers en Gerona y Figueras, de que la mayor parte quedaba disponible para guerrear en el campo y mantener las comunicaciones con Francia, y con 15.000 restantes marchó el mismo Macdonald la vuelta del Ebro, entrando en Mora el 13 de Diciembre. Concertáronse él y Suchet, y sentando éste en Jerta su cuartel general, ocupó el otro los puestos que ántes cubria la division de Habert, y se dió principio á llevar con rapidez los trabajos del sitio de Tortosa, del que hablaremos en uno de los próximos libros.

A la propia sazón el ejército español de Cataluña, dejando una division que observase el Llobregat, y continuando el Ampurdan al cuidado del Baron de Eroles, se colocó en su mayor parte frontero á Macdonald, en figura de arco, al rededor de Lent, y apoyaba la derecha en Montblanch. Faltóle luégo el brazo activo y vigoroso de D. Enrique O'Donnell, quien, debilitado á causa de su herida, empeorada con los cuidados, tuvo que embarcarse para Mallorca ántes de acabar Diciembre, recayendo el mando interinamente, como más antiguo, en D. Miguel de Iranzo.

Por la relacion que acabamos de hacer de las operaciones militares de estos meses en Cataluña, Aragon y Valencia, harto enmarañadas, y quizá enojosas por su menudencia, habrá visto el lector cómo, á pesar de haber escaseado en ellas trabazon y concierto, fueron para el enemigo incómodas y ominosas; pues desde el principio de Julio, que embistió á Tortosa, no pudo hasta Diciembre formalizar el sitio. Nuevo ejemplo de lo que son estas guerras. Sesenta mil franceses, no obstante los yerros y mala inteligencia de nuestros jefes, nada adelantaron por aquella parte durante varios meses en la conquista, estrellándose sus esfuerzos contra el troyel de refriegas y pertinacia de los pueblos.

En el riñón de España, junto con las provincias Vascongadas y Navarra, se aumentaban las partidas, y en este año de 10 llegaron á formar algunas de ellas cuerpos numerosos y mejor disciplinados; pues en tales lides, como decia Fernando del Pulgar, «crece el corazon con las hazañas, y las hazañas con la gente, y la gente con el interes.» Proseguian tambien allí, en algunos parajes, gobernando las juntas, las cuales, sin asiento fijo, mudaban de morada segun la suerte de las armas, y ya se embreñaban en elevadas sierras, ó ya se guarecian en recónditos yermos. La Regencia de Cádiz nombraba á veces generales que tuviesen bajo su mando los diversos guerrilleros de un determinado distrito, ó ensalzaba á los que de entro ellos mismos sobresalían, autorizándolos con grados y comandancias superiores. Igualmente envió intendentes ú otros empleados de Hacienda que recaudasen las contribuciones y llevasen en lo posible la correspondiente cuenta y razon, invirtiéndose los productos en las atenciones de los respectivos territorios. Y si no se estableció en todas partes entero y cumplido órden, incompatible con las circunstancias y la presencia del enemigo, por lo ménos adoptóse un género de gobernacion que, aunque llevaba visos de sólo concertado desórden, remedió ciertos males, evitó otros, y mantuvo siempre viva la llama de la insurreccion.

No poco, por su lado, contribuian los franceses al propio fin. Sus exortaciones pasaban la raya de lo hostigoso ú inicuo. Vivian, en general, de pesadísimas derramas y de escandaloso pillaje, cuyos excesos producían en los pueblos venganzas, y éstas crueles y sanguinarias medidas del enemigo. Los alcaldes de los pueblos, los curas párrocos, los sujetos distinguidos, sin reparar en edad, ni aún en sexo, tenian que responder de la tranquilidad pública, y con frecuencia, so pretexto de que conservaban relaciones con los partidarios, se los metia en duras prisiones, se los extrañaba á Francia, ó eran atropelladamente arcabuceados. ¡Qué pábulo no daban tales arbitrariedades y demasías al acrecentamiento de guerrillas!!

Asaltados por ellas en todos lugares, tuvieron los enemigos que establecer de trecho en trecho puestos fortificados, valiéndose de antiguos castillos de moros ó de conventos y casas-palacios. Por este medio aseguraban sus caminos militares, la línea de sus operaciones, y formaban depósitos de víveres y aprestos de guerra. Su dominio no se extendia generalmente fuera del recinto fortalecido, teniendo á veces que oír, mal de su grado, y sin poder estorbarlo, las jácaras patrióticas que en su alrededor venian á entonar, con los habitantes, los atrevidos partidarios.

Al viajante prestaban por lo comun aquellos caminos triste y desoladora vista: pueblos desiertos, arruinados, continua soledad, que interrumpian de tarde en tarde escoltados convoyes, ó la aparicion de los puestos franceses, cuyos soldados recelosamente salian de entre sus empalizadas. Resultas precisas, pero lastimosas, de tan cruda y bárbara guerra.

Conservar de este modo las comunicaciones exigia de los franceses suma vigilancia y mucha gente. Así en las provincias de que vamos hablando nada ménos contaban que unos 70.000 hombres, 24.000 en Madrid y lo restante de Castilla la Nueva. En la Vieja, ademas de Segovia y Avila, y de otros puntos de inmediato enlace con las operaciones de Portugal y Asturias, habia en Valladolid de 6 á 7.000 hombres, y 10.000 en Búrgos, Soria y sus contornos; 7.000 se esparcian por Álava, Vizcaya y Guipúzcoa, y 22.000 se alojaban en Navarra. Distribuíase toda esta gente en columnas móviles, ó se juntaba, segun los casos, en cuerpos más numerosos y compactos.

En órden á los partidarios, causadores de tanto afan, no nos es dado hacer de todos particular especificacion, ménos de sus hechos, como ajena de una historia general. Subia á 200 la cuenta de los caudillos más conocidos, apareciendo y desapareciendo otros muchos con las oleadas de los sucesos.

Los que andaban cerca de los ejércitos en la circunferencia peninsular, y de que ya hemos hablado, permanecian más fijos en sus respectivos lugares, como dependientes de cuerpos reglados. Los que ahora nos ocupan, si bien de preferencia tenian, digámoslo así, determinada vivienda, trasladábanse de una provincia á otra al són de las alternativas y vueltas de la guerra, ó segun el cebo que ofrecia alguna lucrativa ó gloriosa empresa.

En Andalucía, aparte de las guerrillas nombras, y que recorrian las tierras de Granada y Ronda, diéronse á conocer bastante las de D. Pedro Zaldívar, D. Juan Mármol y D. Juan Lorenzo Rey, habiendo una, que apellidaron del Mantequero, metídose en el barrio de Triana un dia de los del mes de Setiembre, con gran sobresalto de los franceses de Sevilla.

Continuaban en la Mancha, haciendo sus excursiones, Francisquete y los ya insinuados en otro libro. Oyéronse ahora los nombres de D. Miguel Diaz y de D. Juan Antonio Orobio, juntamente con los de D. Francisco Abad y D. Manuel Pastrana, el primero bajo el mote de Chaleco, y el último bajo el de Chambergo. Usanza ésta general entre el vulgo, no olvidada ahora con caudillos que por la mayor parte salian de las honradas pero humildes clases del pueblo.

Apareció en la provincia de Toledo D. Juan Palarea, médico de Villaluenga, y en la misma murió el famoso partidario D. Ventura Jimenez, de resultas de heridas recibidas el 17 de Junio en un empeñado choque junto al puente de San Martin. Igual y gloriosa suerte cupo á D. Toribio Bustamante, álias el Caracol, que recorría aquella provincia y la de Extremadura. Tomó las armas despues de la batalla de Rio-seco, en donde era administrador de correos, para vengar la muerte de su mujer y de un tierno hijo, que perecieron á manos de los franceses en el saco de aquella ciudad. Finó el 2 de Agosto, lidiando en el puerto de Mirabete.

En las cercanías de Madrid hervian las partidas, á pesar de las fuerzas respetables que custodiaban la capital; bien es verdad que dentro tenía la causa nacional firmes parciales, y auxilios y pertrechas, y hasta insignias honoríficas recibian de su adhesion y afecto los caudillos de las guerrillas.

D. Juan Martin (el Empecinado), que por lo comun peleaba en la provincia vecina de Guadalajara, era á quien especialmente se dirigian los envíos y obsequiosos rendimientos. Cuerpos suyos destacados rondaban á menudo no léjos do Madrid, y el 13 de Julio hasta se metieron en la Casa de Campo, tan inmediata á la capital, y sitio de recreo de José. A tal punto inquietaban estos rebatos á los enemigos, y tanto se multiplicaban, que el Conde de Laforest, embajador de Napoleon cerca de su hermano, despues de hablar en un pliego, escrito en 5 de Julio, al ministro Champagny, de que las «sorpresas que hacian las cuadrillas españolas de los puestos militares, de los convoyes y correos, eran cada dia más frecuentes», añadia «que en Madrid nadie se podia, sin riesgo, alejar de sus tapias.»

Mirando los franceses al Empecinado como principal promovedor de tales acometidas, quisieron destruirle, y ya en la primavera habian destacado contra él, á las órdenes del general Hugo, una columna volante de 3.000 infantes y caballos, en cuyo número habia españoles de los enregimentados por José, pero que comunmente sólo sirvieron para engrasar las filas del Empecinado.

El general Hugo, aunque al principio alcanzó ventajas, creyó oportuno, para apoyar sus movimientos, fortalecer, en fines de Junio, á Brihuega y Sigüenza. No tardó el Empecinado en atacar á esta ciudad, constando ya su fuerza de 600 infantes y 400 caballos. Se agregó á él, con 100 hombres, D. Francisco de Palafox, que vimos ántes en Alcañiz, y que luego pasó á Mallorca, donde murió. Juntos ambos caudillos, obligaron á

los franceses á encerrarse en el castillo, y entraron en la ciudad. Abandonáronla pronto; mas desde entónces el Empecinado no cesó de amenazar á los franceses en todos los puntos, y de molestarlos marchando y contramarchando, y ora se presentaba en Guadalajara, ora delante de Sigüenza, y ora, en fin, cruzaba el Jarama y ponía en cuidado hasta la misma córte de José.

Servíale de poco á Hugo su diligencia; pues don Juan Martin, si se veía acosado, presto á desparcir su gente, juntábala en otras provincias, é iba hasta las de Búrgos y Soria, de donde tambien venian á veces en su ayuda Tapia y Merino.

El 18 de Agosto trabó en Cifuentes, partido de Guadalajara, una porfiada refriega, y aunque de resultas tuvo que retirarse, apareció otra vez el 24 en Mirabueno, y sorprendió una columna enemiga, cogiéndole bastantes prisioneros. Volvió en 14 de Setiembre á empeñar otra accion, tambien reñida, en el mismo Cifuentes, la cual duró todo el día, y los franceses, despues de poner fuego á la villa, se recogieron á Brihuega.

Ascendió en Octubre la fuerza del Empecinado á 600 caballos y 1.500 infantes, con lo que pudo destacar partidas á Castilla la Vieja y otros lugares, no sólo para pelear contra los franceses, sino tambien para someter algunas guerrillas españolas que, so color de patriotismo, oprimian los pueblos y dejaban tranquilos á los enemigos.

No le estorbó esta maniobra hostilizar al general Hugo, y el 18 de Octubre escarmentó á algunas de sus tropas en las Cantarillas de Fuentes, apresando parte de un convoy.

Con tan repetidos ataques desflaquecia la columna del general Hugo, y menester fué que le enviasen de Madrid refuerzos. Luégo que se le juntaron, se dirigió á Humánes, y allí en 7 de Diciembre, escribió al Empecinado, ofreciéndole para él y sus soldados servicios y mercedes bajo el gobierno de José. Replicó el español briosamente y como honrado, de lo cual enfadado Hugo, cerró con los nuestros, dos dias despues, en Cogolludo, teniendo el jefe español que retirarse á Atienza, sin que por eso se desalentase, pues á poco se dirigió á Jadraque y recobró varios de sus prisioneros. «Tal era, dice el general Hugo en sus *Memorias*, la pasmosa actividad del Empecinado, tal la renovacion y aumento de sus tropas, tales los abundantes socorros que de todas partes le suministraban, que me veía forzado á ejecutar continuos movimientos.» Y más adelante concluye con asentar: «Para la completa conquista de la Península se necesitaba acabar con las guerrillas pero su destruccion presentaba la imagen de la hidra fabulosa.» Testimonio imparcial, y que añade nuevas

pruebas en favor del raro y exquisito mérito de los españoles en guerra tan extraordinaria y hazañosa.

Don Luis de Bassecourt, conforme apuntamos, mandaba en Cuenca ántes de pasar á Valencia. Entraron los franceses en aquella ciudad el 17 de Junio, y hallándola desamparada, cometieron excesos parecidos á los que allí deshonraron sus armas en las anteriores ocupaciones. Quemaron casas, destruyeron muebles y ornamentos, y hasta inquietaron las cenizas de los muertos, desenterrando varios cadáveres, en busca, sin duda, de alhajas y soñados tesoros.

Evacuaron luego la ciudad, y en Agosto sucedió á Bassecourt en el mando D. José Martinez de San Martin, que tambien de médico se había convertido en audaz partidario. Recorria la tierra hasta el Tajo, en cuyas orillas escarmentó á veces la columna volante que capitaneaba en Tarracon el coronel frances Forestier.

Cundia igualmente voraz el fuego de la guerra al norte de las sierras de Guadarrama. Sostenianse los más de los partidarios en otro libro mencionados, y brotaron otros muchos. De ellos, en Segovia, D. Juan Abril; en Ávila, D. Camilo Gomez; en Toro, D. Lorenzo Aguilar, y distinguióse en Valladolid la guerrilla de caballería, llamada de Borbon, que acaudillaba D. Tomas Príncipe.

Aquí mostrábase el general Kellermann contra los partidarios tan implacable y severo como ántes, portándose á veces, ya él, ó *ya* los subalternos, harto sañudamente. Hubo un caso que aventajó á todos en extremada crueldad. Fué, pues, que preso el hijo de un latonero de aquella ciudad, de edad de doce años, que levaba pólvora á las partidas, no queriendo descubrir la persona que le enviaba, aplicáronle fuego lento á las plantas de los piés y á las palmas de las manos, para que con el dolor declarase lo que no queria de grado. El niño, firme en su propósito, no desplegó los labios, y conmoviéronse, al ver tanta heroicidad, los mismos ejecutores de la pena, mas no sus verdaderos y empedernidos verdugos. ¿Yquién, despues de este ejemplo y otros semejantes, sólo propios de naciones feroces y de siglos bárbaros, extrañará algunos rigores, y áun actos crueles de los partidarios? Don Juan Tapia, en Palencia; D. Jerónimo Merino, en Búrgos; D. Bartolomé Amor, en la Rioja, y en Soria D. José Joaquin Durán, ya unidos, ya separadamente, peleaban en sus respectivos territoris ó batían la campaña en otras provincias. Eligió la Junta de Soria á Durán comandante general de su distrito. Siendo brigadier fué hecho prisione en la accion de Bubierca, y habiéndose luégo fugado, se mantenía oculto en Cascante, pueblo de su naturaleza. Resolvió dicha

Junta este nombra (que mereció en breve la aprobacion del Gobierno) de resultas de un descalabro que el 6 de Setiembre padecieron en Yanguas sus partidas, unidas á las de la Rioja. Causóle una columna volante enemiga que regía el general Roguet, quien inhumanamente mandó fusilar veinte soldados españoles prisioneros, despues de haberles hecho creer que les concedia la vida.

Durán se estableció en Berlanga. Su fuerza, al principio, no era considerable; pero aparentó de manera, que el gobernador frances de Soria, Duvernet, si bien á la cabeza de 1.600 hombres de la guardía imperial, no osó atacarle solo, y pidió auxilio al general Dorsenne, residente en Búrgos. Por entónces ni uno ni otro se movieron, y dejaron á Durán tranquilo en Berlanga. Tampoco pensaba éste en hacer tentativa alguna hasta que su gente fuese más numerosa y estuviese mejor disciplinada. Pero habiéndosele presentado en Diciembre los partidarios Merino y Tapia, con 600 hombres, los más de caballería, no quiso desaprovechar tan buena ocasion, y les propuso atacar á Duvernet, que á la sazón se alojaba, con 600 soldados, en Calatañazor, camino del Burgo de Osma.

Aprobaron Merino y Tapia el pensamiento, y todos convinieron en aguardar á los franceses el 11 á su paso por Torralba. Apareció Duvernet, trabóse la pelea, y ya iba aquél de vencida, cuando de repente la caballería de Merino volvió grupa y desamparó á los infantes. Dispersáronse éstos, tornaron Tapia y su compañero á sus provincias, y Durán á Berlanga, en donde, sin ser molestado, continuó hasta finalizar el año de 10, procurando reparar sus pérdidas y mejorar la disciplina.

Tomó á su cargo la montaña de Santander el partidario Campillo, aproximándose unas veces á Astúrias y otras á Vizcaya, mas siempre con gran detrimento del enemigo. Mereció por ello gran loa, y tambien por ser de aquellos lidiadores que, sirviendo á su patria, nunca vejaron á los pueblos.

La misma fama adquirió en esta parte D. Juan de Aróstegui, que acaudillaba en Vizcaya una partida considerable con el nombre de Bocamorteros. Sonaba en Álava desde principio de año D. Francisco Longa, de la Puebla de Arganzon, quien en breve contó bajo su mando unos 500 hombres. Pronto rebulló tambien en Guipúzcoa D. Gaspar Jáuregui, llamado el Pastor, porque soltó el cayado para empuñar la espada.

Estas provincias Vascongadas, así como toda la costa cantábrica, de suma importancia para divertir al enemigo y cortarle en su raíz las comunicaciones, habian llamado particularmente la atencion del Gobierno supremo, y por tanto, ademas de las expediciones referidas de Porlier, se

idearon otras. Fué de ellas la primera una que encomendó la Regencia á D. Mariano Renovales. Salió éste al efecto de Cádiz, aportó á la Coruña, y hechos los preparativos, dió de aquí la vela el 14 de Octubre con rumbo al Este. Llevaba 1.200 españoles y 800 ingleses, convoyados por cuatro fragatas de la misma nacion y otra de la nuestra, con varios buques menores. Mandaba las fuerzas de mar el comodoro Mends.

Fondeó la expedicion en Gijon el 17, á tiempo que Porlier peleaba en los alrededores con los franceses; mas no pudiendo Renovales desembarcar hasta el 18, dióse lugar á que los enemigos evacuasen aquella villa, y que Porlier, atacado por éstos, unidos á los de afuera, se alejase. Renovales se reembarcó, y el 23 surgió en Santoña; vientos contrarios no le permitieron tomar tierra hasta el 28; espacio de tiempo favorable á los franceses, que, acudiendo con fuerzas superiores en auxilio del punto amagado, obligaron á los nuestros á desistir de su intento. Ademas la estacion avanzaba y se ponía inverniza con anuncios de temporales peligrosos en costa tan brava; por lo mismo, pareciendo prudente retroceder á Galicia, aportaron los nuestros á Vivero. Allí, arreciando los vientos, se perdió la fragata española Magdalena y el bergantin Palomo, con la mayor parte de sus tripulaciones. Grande desdicha, que si en algo pendió de los malos tiempos, tambien hubo quien la atribuyese á imprevision y tardanzas.

Causó al principio desasosiego á los franceses esta expedicion, que creyeron más poderosa; pero tranquilizándose despues al verla alejada, pusieron nuevo conato, aunque inútilmente, en despejar el país de las partidas, perturbándolos en especial don Francisco Espoz y Mina, que sobresalió por su intrepidez y no interrumpidos ataques.

A poco de la desgracia de su sobrino habla allegado bastante gente, que todos los dias se aumentaba. Sin aguardar á que fuese muy numerosa, emprendió ya en Abril frecuentes acometidas, y prosiguió los meses adelante, atajando las escoltas y combatiendo los alojamientos enemigos. Impacientes éstos y enfurecidos del fatigoso pelear, determinaron en Setiembre destruir á tan arrojado partidario. Valióse para ello el general Reille, que mandaba en Navarra, de las fuerzas que allí habia y de otras que iban de paso á Portugal, juntando de este modo unos 30.000 hombres.

Mina, acosado, para evitar el exterminio de su gente, la desparramó por diversos lugares, encaminándose parte de ella á Castilla y parte á Aragon. Guardó él consigo algunos hombres, y más desembarazado, no cesó en sus ataques, si bien tuvo luégo que correrse á otras provincias.

Herido de gravedad, tornó despues á Navarra para curarse, creyéndose más seguro en donde el enemigo más le buscaba. ¡Tal y tan en su favor era la opinion de los pueblos, tanta la fidelidad de éstos!

Antes de ausentarse dió en Aragon nueva forma á sus guerrillas, vueltas á reunir en número de 3.000 hombres, y las repartió en tres batallones y un escuadron; confirió el mando de ellos á Curuchaga y á Gorriz, jefes dignos de su confianza. La Regencia de Cádiz le nombró entónces coronel y comandante general de las guerrillas de Navarra; pues estos caudillos, en medio de la independencia de que disfrutaban, hija de las circunstancias y de su posicion, aspiraban todos á que el Gobierno supremo confirmase sus grados y aprobase sus hechos, reconociéndolo como autoridad soberana y único medio de que se conservase buena armonía y union entre las provincias españolas.

Recobrado Mina de su herida, comenzó, al finalizar Octubre, otras empresas, y su gente recorrió de nuevo los campos de Aragon y Castilla, con terrible quebranto de los enemigos. Restituyóse en Diciembre á Navarra, atacó á los franceses en Tievas, Monreal y Aibar; y cerrando dichosamente la campaña de 1810, se dispuso á dar á su nombre en las sucesivas mayor fama y realce.

Júzguese por lo que liemos referido cuántos males no acarrearían las guerrillas al ejército enemigo. Habíalas en cada provincia, en cada comarca, en cada rincon; contaban algunas 2.000 y 3.000 hombres; la mayor parte 500 y áun 1.000. Se agregaron las más pequeñas á las más numerosas, ó desaparecieron, porque como eran las que por lo general vejaban los pueblos, faltábales la proteccion de éstos, persiguiéndolas al propio tiempo los otros guerrilleros, interesados en su buen nombre y á veces tambien en el aumento de su gente. No hay duda que en ocasiones se originaron daños á los naturales, áun de las grandes partidas; pero los más eran inherentes á este linaje de guerra, pudiéndose resueltamente afirmar que sin aquéllas hubiera corrido riesgo la causa de la independencia. Tranquilo poseedor el enemigo de extension vasta de país, se hubiera entónces aprovechado de todos sus recursos, transitando por él pacíficamente, y dueño de mayores fuerzas, ni nuestros ejércitos, por más valientes que se mostrasen, hubieran podido resistir á la superioridad y disciplina de sus contrarios, ni los aliados se hubieron mantenido constantes en contribuir á la defensa de una nacion cuyos habitantes doblaban mansamente la cerviz á la coyunda extranjera.

Tregua ahora á tanto combate; y lanzándonos en el campo no ménos vasto de la política, hablemos de lo que precedió á la reunion de Córtes,

las cuales, en breve congregadas, haciendo bambolear el antiguo edificio social, echaron al suelo las partes ruinosas y deformes, y levantaron otro, que, si no perfecto, por lo ménos se acomodaba mejor al progreso de las luces del siglo, y á los usos, costumbres y memoranzas de las primitivas monarquías de España.

Desaficionada la Regencia á la institucion de Córtes, habia postergado el reunir las, no cumpliendo debidamente con el juramento que habia prestado al instalarse, «de contribuir á la celebracion de aquel augusto congreso en la forma establecida por la suprema Junta Central, y en el tiempo designado en el decreto de creacion de la Regencia.» Cier-to es que en este decreto, aunque se insistia en la reunion de Córtes, ya convocadas para el 1.º de Marzo de 1810, se añadia: «si la defensa del reino..... lo permitiere.» Cláusula puesta allí para el solo caso de urgencia, ó para diferir cortos dias la instalacion de las Córtes; pero que abria ancho espacio á la interpretacion de los que procediesen con mala ó fria voluntad.

Descuidó, pues, la Regencia el cumplimiento de su solemne promesa, y no volvió á mentar ni áun la, palabra *Córtes* sino en algunos papeles que circuló á América, las más veces no difundidos en la Península, y cortados á traza de entretenimiento para halagar los ánimos de los habitantes de Ultramar. Conducta extraña, que sobremanera enojó, pues entónces ansiaban los más la pronta reunion de Córtes, considerando á éstas como áncora de esperanza en tan deshecha tormenta. Creciendo los clamores públicos, se unieron á ellos los de varios diputados de algunas juntas de provincia, los cuales residian en Cádiz y trataron de promover legalmente asunto de tanta importancia. Temerosa la Regencia de la comun opinion, y sabedora de lo que intentaban los referidos diputados, resolvió ganar á todos por la mano, suscitando ella misma la cuestion de Córtes, ya que contase deslumbrar así y dar largas, ó ya que, obligada á conceder lo que la generalidad pedia, quisiese aparentar que sólo la estimulaba propia voluntad, y no ajeno impulso. A este fin llamó el 14 de Junio á D. Martin de Garay, y le instó á que esclareciese ciertas dudas que ocurrían en el modo de la convocacion de Córtes, no hallándose nadie más bien enterado en la materia que dicho sujeto, secretario general é individuo que habia sido de la Junta Central.

No por eso desistieron de su intento los diputados de las provincias, y el 17 del mismo mes comisionaron á dos de ellos para poner en manos de la Regencia una exposicion enderezada á recordar la prometida reunion de Córtes. Cupo el desempeño de este encargo á D. Guillermo

Hualde, diputado por Cuenca, y al Conde de Toreno (autor de esta *Historia*), que lo era por Leon. Presentáronse ambos, y despues de haber el último obtenido vénia, leído el papel de que eran portadores, alborotóse bastantemente el Obispo de Orense, no acostumbrado á oír y ménos á recibir consejos. Replicaron los comisionados, y comenzaban unos y otros á agriarse, cuando, terciando el general Castaños, amansáronse Hualde y Toreno, y templando tambien el Obispo su ira locuaz y apasionada, humanóse al cabo, y así él como los demas regentes dieron á los diputados una respuesta satisfactoria. Divulgado el suceso, romontó el vuelo la opinion de Cádiz, mayormente habiendo su junta aprobado la exposicion hecha al Gobierno, y sostenídola con otra que á su efecto elevó á su conocimiento en el dia siguiente.

Amedrentada la Regencia con la fermentacion que reinaba, promulgó el mismo 18 (2) un decreto, por el que, mandando que se realizasen á la mayor brevedad las elecciones de diputados que no se hubiesen verificado hasta aquel dia, se disponia, ademas, que en todo el próximo Agosto concurriesen los nombrados á la isla de Leon, en donde, luégo que se hallase la mayor parte, se daria principio á las sesiones. Aunque en su tenor parecia vago este decreto, no fijándose el dia de la instalacion de Córtes, sin embargo la Regencia soltaba prendas que no podia recoger, y á nadie era ya dado contrarestar el desencadenado ímpetu de la opinion.

Produjo en Cádiz, y seguidamente en toda la monarquía, extremo contentamiento semejante providencia, y apresuráronse á nombrar diputados las provincias que aún no lo habian efectuado, y que gozaban de la dicha de no estar imposibilitadas para aquel acto por la ocupacion ene-

(2) El Consejo de Regencia de los reinos de España é Indias, queriendo dar á la nacion entera un testimonio irrefragable de sus ardientes deseos por el bien de ella, y de los desvelos que le merece principilmente la salvacion de la patria, ha determinado, en el real nombre del rey, nuestro señor, D. Fernando VII, que las Córtes extraordinarias y generales mandadas convocar se realicen á la mayor brevedad, á cuyo intento quiere se ejecuten inmediatamente las elecciones de diputados que no se hayan hecho hasta este dia, pues deberán los que estén ya nombrados y los que se nombren congregarse en todo el próximo mes de Agosto en la real isla de Leon; y hallándose en ella la mayor parte, se dará en aquel mismo instante principio á las sesiones; y entre tanto se ocupará el Consejo de Regencia en examinar y vencer várias dificultades, para que tenga su pleno efecto la convocacion. Tendréislo entendido, y dispondréis lo que corresponda á su cumplimiento.— JAVIER DE CASTAÑOS, presidente.— PEDRO, obispo de Orense.— FRANCISCO DE SAAVEDRA.— ANTONIO DE ESCAÑO.— MIGUEL DE LARDIZÁBAL Y URIBE.— En Cádiz, á 18 de Junio de 1810.— A D. Nicolás María de Sierra.

miga. En Cádiz empezaron todos á trabajar en favor del pronto logro de tan deseado objeto.

La Regencia, por su parte, se dedicó á resolver las dudas que, segun arriba insinuamos, ocurrían acerca del modo de constituir las Córtes. Fué una de las primeras la de si se convocaría ó no una cámara de privilegiados. En su lugar vimos cómo la Junta Central dió, ántes de disolverse, un decreto, llamando, bajo el nombre de Estamento ó Cámara de dignidades, á los arzobispos, obispos y grandes del reino; pero tambien entónces vimos cómo nunca se habia publicado esta determinacion. En la convocatoria general de 1.º de Enero, ni en la instruccion que la acompañaba, no habia el Gobierno supremo ordenado cosa alguna sobre su posterior resolucion; sólo insinuó en una nota que igual convocatoria se remitiria á los representantes del brazo eclesiástico y de la nobleza.» Las juntas no publicaron esta circunstancia, é ignorándola los electores, habian recaído ya algunos de los nombramientos en grandes y en prelados.

Perpleja con eso la Regencia, empezó á consultar á las corporaciones principales del reino sobre si convendría ó no llevar á cumplida ejecucion el decreto de la Central acerca del Estamento de privilegiados. Para acertar en la materia, de poco servia acudir á los hechos de nuestra historia.

Antes que se reuniesen las diversas coronas de España en las sienes de un mismo monarca, habia la práctica sido vária, segun los estados y los tiempos. En Castilla desaparecieron del todo los brazos del clero y de la nobleza despues de las Córtes celebradas en Toledo en 1538 y 1539. Duraron más tiempo en Aragon; pero colocada en el sόlio, al principiarse el siglo XVIII, la estirpe de los Borbones, dejaron en breve de congregarse separadamente las Córtes en ambos reinos, y sólo ya fueron llamadas para la jura de los príncipes de Astúrias. Por primera vez se vieron juntas, en 1709, las de las coronas de Aragon y Castilla, y así continuaron hasta las últimas que se tuvieron en 1789, no asistiendo ni áun á éstas, á pesar de tratarse algun asunto grave, sino los diputados de las ciudades. Sólo en Navarra proseguia la costumbre de convocar á sus Córtes particulares del brazo eclesiástico y el militar, ó sea de la nobleza. Pero ademas de que allí no entraban en el primero exclusivamente los prelados, sino tambien priores, abades y hasta el provisor del obispado de Pamplona, y que del segundo componian parte varios caballeros, sin ser grandes ni titulados, no podia servir de norma tan reducido rincon á lo restante del reino, señaladamente hallándose cerca, como para contra-

puesto ejemplo, las provincias Vascongadas, en cuyas juntas, del todo populares, no se admiten ni áun los clérigos. Ahora habia tambien que examinar la índole de la presente lucha, su origen y su progreso.

La nobleza y el clero, aunque entraron gustosos en ella, habian obrado ántes bien como particulares que como corporaciones, y lo más elevado de ambas clases, los grandes y los prelados no habian por lo general brillado ni á la cabeza de los ejércitos, ni de los gobiernos, ni de las partidas. Agregábase á esto la tendencia de la nacion, desafecta á jerarquías, y en la que reducidos á estrechísimos límites los privilegios de los nobles, todos podian ascender á los puestos más altos, sin excepcion alguna.

Mostrábase en ello tan universal la opinion, que no sólo la apoyaban los que propendian á ideas democráticas, mas tambien los enemigos de Córtes y de todo gobierno representativo. Los últimos no, en verdad, como un medio de desórden (habia entónces en España acerca del asunto mejor fe), sino por no contrarestar el modo de pensar de los naturales. Ya en Sevilla, en la comision de la Junta Central encargada de los trabajos de Córtes, los señores Riquelme y Caro, que apuntamos desamaban la reunion de Córtes, una vez decidida ésta, votaron por una sola cámara indivisa y comun, y el ilustre Jovellanos por dos; Jovellanos, acérrimo partidario de Córtes y uno de los españoles más sabios de nuestro tiempo. Los primeros seguian la voz comun; guiaban al último reglas de consumada política, la práctica de Inglaterra y otras naciones. Entre los comisionados de las juntas residentes en Cádiz fué el más celoso en favor de una sola cámara D. Guillermo Hualde, no obstante ser eclesiástico, dignidad de chantre en la catedral de Cuenca y grande adversario de novedades. Contradicciones frecuentes en tiempos revueltos; pero que nacia aquí, repetimos, de la elevada y orgullosa igualdad que ostenta la jactancia española, manantial de ciertas virtudes, causa á veces de ruinosa insubordinacion.

La Regencia consultó sobre la materia, y otras relativas á Córtes, al Consejo reunido. La mayoría se conformó en todo con la opinion más acreditada, y se inclinó tambien á una sola cámara. Disintieron del dictámen varios individuos del antiguo Consejo de Castilla, de cuyo número fueron el decano D. José Colon, el Conde del Pinar y los señores Riega, Duque de Estrada y D. Sebastian de Torres. Oposicion que dimanaba, no de adhesion á cámaras, sino de ódio á todo lo que fuese representacion nacional; por lo que en su voto insistieron particularmente en que se castigase con severidad á los diputados de las juntas que habian osado pedir la pronta convocacion de Córtes.

Cundió en Cádiz la noticia de la consulta, junto con la del dictámen de la minoría, y enfurecieron los ánimos contra ésta, mayormente no habiendo los más de los firmantes dado al principio del levantamiento, en 1808, grandes pruebas de afecto y decision por la causa de la independencia. De consiguiente, conturbáronse los disidentes al saber que los tiros disparados en secreto, con esperanza de que se mantendrian ocultos, habian reventado á la luz del dia. Creció su temor cuando la Regencia, para fundar sus providencias, determinó que se publicase la consulta y el dictámen particular. No hubo entónces manejo ni súplica que no empleasen los autores del último para alcanzar el que se suspendiese dicha resolucioin. Así sucedió, y tranquilizóse la mente de aquellos hombres, cuyas conciencias no hablan escrupulizado en aconsejar á las calladas injustas persecuciones, pero que se estremecian aún de la sombra del peligro. Achaque inherente á la alevosía y á la crueldad, de que muchos de los que firmaron el voto particular dieron tristes ejemplos años adelante, cuando sonó en España la lúgubre y aciaga hora de las venganzas y juicios inicuos.

Pidió luégo la Regencia, acerca del mismo asunto de cámaras, el parecer del Consejo de Estado, el cual convino tambien en que no se convocase la de privilegiados. Votó en favor de este dictámen el Marqués de Astorga, no obstante su elevada clase; del mismo fué D. Benito de Hermita, adversario, en otras materias, de cualesquiera novedades. Sostuvo lo contrario D. Martin de Garay, como lo había hecho en la Central y conforme á la opinion do Jovellanos.

No pudiendo resistir la Regencia á la universalidad de pareceres, decidió que las clases privilegiadas no asistirían por separado á las Córtes que iban á congregarse, y que éstas se juntarían con arreglo al decreto que habia circulado la Central en 1.º de Enero.

Segun el tenor de éste y de la instruccion que lo acompañaba, innovábase del todo el antiguo modo de eleccion. Solamente en memoria de lo que ántes regía se dejaba que cada ciudad de voto en Córtes enviase por esta vez, en representacion suya, un individuo de su ayuntamiento. Se concedia igualmente el mismo derecho á las juntas de provincia, como premio de sus desvelos en favor de la independencia nacional. Estas dos clases de diputados no componian, ni con mucho, la mayoría, pero sí los nombrados por la generalidad de la poblacion conforme al método ahora adoptado. Por cada 50.000 almas se escogia un diputado, y tenían voz para la eleccion los españoles de todas clases avecindados en el territorio, de edad de veinticinco años, y hombres de casa abierta. Nom-

brábanse los diputados indirectamente, pasando su eleccion por los tres grados de juntas de parroquia, de partido y de provincia. No se requerian para obtener dicho cargo otras condiciones que las exigidas para ser elector y la de ser natural de la provincia, quedando elegido diputado el que saliese de una urna ó vasija en que habían de sortearse los tres sujetos que primero hubiesen reunido la mayoría absoluta de votos. Defectuoso, si se quiere, este método, ya por ser sobradamente franco, estableciendo una especie de sufragio universal, y ya restricto á causa de la eleccion indirecta, llevaba, sin embargo, gran ventaja al antiguo, ó á lo ménos á lo que de éste quedaba.

En Castilla, hasta entrado el siglo xv, hubo Córtes numerosas y á las que asistieron muchas villas y ciudades, si bien su concurrencia pendió casi siempre de la voluntad de los reyes, y no de un derecho reconocido é inconcuso. A los diputados, ó sean procuradores, nombrábanlos los concejos, formados de los vecinos, ó ya los ayuntamientos, pues éstos, siendo entónces por lo comun de eleccion popular, representaban con mayor verdad la opinion de sus comitentes, que despues, cuando se convirtieron sus regidurías, especialmente bajo los Felipes austriacos, en oficios vendibles y enajenables de la corona; medida que, por decirlo de paso, nació más bien de los apuros del erario que de miras ocultas en la política de los reyes. En Aragon el brazo de las universidades ó ciudades, y en Valencia y Cataluña el conocido con el nombre de Real, constaban de muchos diputados que llevaban la voz de los pueblos. Cuáles fuesen los que hubiesen de gozar de semejante derecho ó privilegio no estaba bien determinado, pues segun nos cuentan los cronistas Martel y Blancas, sólo gobernaba la costumbre. Este modo de representar la generalidad de los ciudadanos, aunque inferior, sin duda, al de la Central, aparecia, repetimos, muy superior al que prevaleció en los siglos XVI y xvii, decayendo sucesivamente las prácticas y usos antiguos, á punto que en las Córtes celebradas desde el advenimiento de Felipe V hasta las últimas de 1789 sólo se hallaron presentes los caballeros procuradores de treinta y siete villas y ciudades, únicas en que se reconocia este derecho en las dos coronas de Aragon y Castilla. Por lo que con razon asentaba lord Oxford, al principio del siglo XVII, que aquellas asambleas sólo eran ya *magni nominis umbra*.

Conferíanse ahora á los diputados facultades amplias, pues ademas de anunciarse en la convocatoria, entre otras cosas, que se llamaba la nacion á Córtes generales, «para restablecer y mejorar la Constitucion fundamental de la monarquía», se especificaba en los poderes que los

diputados «podían acordar y resolver cuanto se propusiese en las Cortes, así en razon de los puntos indicados en la real carta convocatoria, como en otros cualesquiera, con plena, franca, libre y general facultad, sin que por falta de poder dejasen de hacer cosa alguna, pues todo el que necesitasen les conferian (los electores), sin excepcion ni limitacion alguna»

Otra de las grandes innovaciones fué la de convocar á Cortes las provincias de América y Asia. Descubiertos y conquistados aquellos países á la sazón que en España iban de caída las juntas nacionales, nunca se pensó en llamar á ellas á los que allí moraban. Cosa, por otra parte, nada extraña, atendiendo á sus diversos usos y costumbres, á sus distintos idiomas, al estado de su civilizacion, y á las ideas que entónces gobernaban en Europa respecto de colonias ó regiones nuevamente descubiertas, pues vemos que en Inglaterra mismo, donde nunca cesaron los parlamentos, tampoco en su seno se concedió asiento á los habitantes allende los mares.

Ahora, que los tiempos se habían cambiado, y confirmándose solemnemente la igualdad de derechos de todos los españoles, europeos y ultramarinos, menester era que unos y otros concurriesen á un congreso en que iban á decidirse materias de la mayor importancia, tocante á toda la monarquía que entónces se dilataba por el orbe. Requeríalo así la justicia, requeríalo el interés bien entendido de los habitantes de ambos mundos, y la situacion de la Península, que para defender la causa de su propia independenciam, debia granjear las voluntades de los que residían en aquellos países, y de cuya ayuda había reportado colmados frutos. Lo dificultoso era arreglar en la práctica la declaracion de la igualdad. Regiones extendidas, como las de América, con variedad de castas, con desvío entre éstas y preocupaciones, ofrecian en el asunto problemas de no fácil resolucio. Agregábase la falta de estadísticas, la diferente y confusa division de provincias y distritos, y el tiempo que se necesitaba para desenmarañar tal laberinto, cuando la pronta convocacion de Cortes no dejaba vagar, ni para pedir noticias á América, ni para sacar de entre el polvo de los archivos las mancas y parciales que pudieran averiguarse en Europa.

Por lo mismo la Junta Central, en el primer decreto que publicó sobre Cortes, en 22 de Mayo de 1809, contentóse con especificar que la comision encargada de preparar los trabajos acerca de la materia viesse «la parte que las América tendrían en la representacion nacional.» Cuando, en Enero de 1810, expidió la misma Junta á las provincias de

España las convocatorias para el nombramiento de Córtes, acordó tambien un decreto en favor de la representacion de América y Asia, limitándose á que fuese supletoria, compuesta de 26 individuos, escogidos entre los naturales de aquellos países residentes en Europa, y hasta tanto que se decidiese el modo más conveniente de eleccion. No se imprimió este decreto, y sólo se mandó insertar un aviso en la *Gaceta*, del mismo 7 de Enero dando cuenta de dicha resolucion, confirmada despues por la circular que al despedirse promulgó la Central sobre celebracion de Córtes.

No bastaba para satisfacer los deseos de la América tan escasa y ficticia rapresentacion, por lo cual adoptóse igualmente un medio, que, si no era tan completo como el decretado para España, se aproximaba al ménos á la fuente de donde ha de derivarse toda buena eleccion. Tomóse en ello ejemplo de lo determinado ántes por la Central, cuando llamó á su seno individuos de los diversos vireinatos y capitanías generales de Ultramar, medida que no tuvo cumplido efecto á causa de la breve gobernacion de aquel cuerpo. Segun dicho decreto, no publicado sino en Junio de 1809, los ayuntamientos, despues de nombrar tres individuos, debian sortear uno y remitir el nombre del que fuese favorecido por la fortuna al Virey ó Capitan general, quien, reuniendo los de las diversas provincias, tenía que proceder, con el real Acuerdo, á escoger tres, y en seguida sortearlos, quedando elegido para individuo de la Junta Central el primero que saliese de la urna. Así se ve que el número de los nombrados se limitaba á uno solo por cada vireinato ó capitanía general.

Conservando en el primer grado el mismo método de eleccion, había dado la Regencia, en 14 de Febrero, mayor ensanche al nombramiento de diputados á Córtes. Los ayuntamientos elegian en sus provincias sus representantes, sin necesidad de acudir á la aprobacion ó escogimiento de las autoridades superiores; de manera que en vez de un solo diputado por cada vireinato ó capitanía general, se nombraron tantos cuantas eran las provincias, con lo que no dejó de ser bastante numerosa la diputacion americana, que poco á poco fué aportando á Cádiz, áun de los países más remotos, y compuso parte muy principal de aquellas Córtes.

No estorbó esto que, aguardando la llegada de los diputados propietarios, se llevase á efecto en Cádiz el nombramiento de suplentes, así respecto á las provincias de Ultramar como tambien de las de España, cuyos representantes no hubiesen todavía acudido, impedidos por la ocupacion enemiga ó por cualquiera otra causa que hubiese motivado la dilacion. Para América y Asia, en vez de 26 suplentes, resolvió la re-

gencia se nombrasen dos más, accediendo diendo á várias súplicas que se le hicieron; para la Península debía elegirse uno solo por cada una de las provincias indicadas. Tocaba desempeñar encargo tan importante á los respectivos naturales en quienes concurriesen las calidades exigidas en el decreto é instruccion de 1.º de Enero. La Regencia habia el 19 de Agosto determinado definitivamente este asunto de suplentes, conviniendo en que la eleccion se hiciese en Cádiz, como refugio del mayor número de emigrados. Publicó el 8 de Setiembre un edicto sobre la materia, y nombró ministros del Consejo que preparasen las listas de los naturales de la Península y de América que estuviesen en el caso de poder ser electores.

Aplaudieron todos en Cádiz el que hubiese suplentes, lo mismo los apasionados á novedades que sus adversarios. Vislumbraban en ello unos carrera abierta á su noble ambicion, esperaban otros conservar así su antiguo influjo y contener el órden reformador. Entre los últimos se contaban consejeros, antiguos empleados, personas elevadas en dignidad, que se figuraban prevalecer en las elecciones y manejarlas á su antojo, asistidos de su nombre y de su respetada autoridad. Ofuscamiento de quien ignoraba lo arremolinadas que van, áun desde un principio, las corrientes de una revolucion.

En breve se desengañaron, notando cuán perdido andaba su influjo. Levantáronse los pechos de la mocedad, y desapareció aquella indiferencia á que ántes estaba avezada en las cuestiones políticas. Todo era juntas, reuniones, corrillos, conferencias con la Regencia, demandas, aclaraciones. Hablábase de candidatos para diputados, y poníanse los ojos, no precisamente en dignidades, no en hombres envejecidos en la antigua córte ó en los rancios hábitos de los consejos ú otras corporaciones, sino en los que se miraban como más ilustrados, más briosos y más capaces de limpiar la España de la herrumbre, que llevaba comida casi toda su fortaleza.

Los consejeros nombrados para formar las listas, léjos de tropezar, cuando ocurrian dudas, con tímidos litigantes ó con sumisos y necesitados pretendientes, tuvieron que habérselas con hombres que conocian sus derechos, que los defendían, y áun osaban arrostrar las amenazas de quienes ántes resolvian sin oposicion y con el ceño de indisputable supremacía.

Desde entónces, muchos de los que más habian deseado el nombramiento de suplentes empezáronse á mostrar enemigos, y por consecuencia adversarios de las mismas Córtes. Fuéronlo sin rebozo luégo que se

terminaron dichas elecciones de suplentes. Se dió principio á éstas el 17 de Setiembre, y recayeron por lo comun los nombramientos de diputados en sujetos de capacidad y muy inclinados á reformas.

Presidieron las elecciones de cada provincia de España individuos de la Cámara de Castilla, y las de América D. José Pablo Valiente, del Consejo de Indias. Hubo algunas bastante ruidosas, culpa en parte de la tenacidad de los presidentes y de su mal encubierto despecho, malogrados sus intentos. De casi ninguna provincia de España hubo ménos de 100 electores, y llegaron á 4.000 los de Madrid, todos en general sujetos de cuenta; infiriéndose de aquí que, á pesar de lo defectuoso de este género de elecciones, era más completa que la que se hacia por las ciudades de voto en Córtes, en que sólo tomaban parte veinte ó treinta privilegiados, esto es, los regidores.

Como al paso que mermaban las esperanzas de los adictos al orden antiguo adquirian mayor pujanza las de los aficionados á la opinion contraria, temió la Regencia caer de su elevado puesto, y buscó medios para evitarlo y afianzar su autoridad. Pero, segun acontece, los que escogió no podian servir sino para precipitarla más pronto. Tal fué el restablecer todos los Consejos bajo la planta antigua, por decreto de 16 de Setiembre. Imaginó que como muchos individuos de estos cuerpos, particularmente los del Consejo Real, se reputaban enemigos de la tendencia que mostraban los ánimos, tendria en sus personas, ahora agradecidas, un sustentáculo firme de su potestad, ya titubeante; cuenta en que gravemente erró. La veneracion que ántes existia al Consejo Real habia desaparecido, gracias á la incierta y vacilante conducta de sus miembros en la causa pública, y á su invariable y ciega adhesion á las prerogativas y extensas facultades. Inoportuno era tambien el momento escogido para su restablecimiento. Las Córtes iban á reunirse, á ellas tocaba la decision de semejante providencia. Tampoco lo exigia el despacho de los negocios, reducida ahora la nacion á estrechos límites, y resolviendo por sí las provincias muchos de los expedientes que ántes subian á los Consejos. Así apareció claro que su restablecimiento encubria miras ulteriores, y quizá se sospecharon algunas más dañadas de las que en realidad habia.

El Consejo Real desvivióse por obtener que su gobernador ó decano presidiese las Córtes; que la Cámara examinase los poderes de los diputados, y tambien que varios individuos suyos tomasen asiento en ellas, bajo el nombre de asistentes. Tal era la costumbre seguida en las últimas Córtes, tal la que ahora se intentó abrazar, fundándose en los ante-

cedentes y en el texto de Salazar, libro sagrado á los ojos de los defensores de las prerogativas del Consejo. Mas al columbrar el revuelo de la opinion, delirio parecia querer desenterrar usos tan encontrados con las ideas que reinaban en Cádiz y con las que exponian los diputados de las provincias que iban llegando, quienes, fuesen ó no inclinados á las reformas, traian consigo recelos y desconfianza acerca de los Consejos y de la misma Regencia.

De dichos diputados, varios arribaron á Cádiz en Agosto, otros muchos en Setiembre. Con su venida se apremió á la Regencia para que señalase el día de la apertura de Córtes, reacia siempre en decidirse. Tuvo aún para ello dificultades, provocó dudas, repitió consultas; mas al fin fijóle para el 24 de Setiembre.

Determinó tambien el modo de examinar previamente los poderes. Los diputados que habian llegado fueron de parecer que la Regencia aprobase por sí los poderes de seis de entre ellos, y que luégo estos mismos examinasen los de sus compañeros. Bien que forzada, dió la Regencia su beneplácito á la propuesta de los diputados; mas en el decreto que publicó al efecto decia que obraba así, «atendiendo á que estas Córtes eran extraordinarias, sin intentar perjudicar á los derechos que preservaba á la Cámara de Castilla.» Los seis diputados escogidos para el exámen de poderes fueron el consejero D. Benito de Hermida, por Galicia; el Marqués de Villafranca, grande de España, por Murcia; D. Felipe Amat, por Cataluña; D. Antonio Oliveros, por Extremadura; el general D. Antonio Samper, por Valencia, y D. Ramon Power, por la isla de Puerto Rico. Todos eran diputados propietarios, incluso el último, único de los de Ultramar que hubiese todavía llegado de aquellos apartados países.

Concluidos los actos preliminares, ansiosamente y con esperanza vária aguardaron todos á que luciese aquel día 24 de Setiembre, origen de grandes mudanzas, verdadero comienzo de la revolucion española.